

**EL COLLAR  
DE LA REYNA.**

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

*traducida*

por M. R. de O.

---

TOMO VI.

---



MALAGA.

---

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,  
Calle del Marques.

R. 21.415

EL COLLAR

DE LA REINA

DE SU MAJESTAD

---

---

Es propiedad de la  
casa de Martínez de  
Aguilar.

---

---

MADRID

IMPRESA DE MARTÍN DE ALFARO  
Calle del Príncipe

## El Collar de la Reyna.

M. DE CROSNE.

**M.** de Crosne, que era fino y político hasta el extremo, hallábase no obstante un si es no es embarazado despues de la esplicacion que habian tenido el Rey y la Reyna.

Ciertamente que debe ofrecer gran dificultad el perfecto conocimiento de todos los secretos de una

muger, máxime cuando esta muger es la Reyna, y hay que atender á los intereses de la corona, al propio tiempo que á la conservacion de un nombre.

Mr. de Crosne conocia muy bien que iba á arrostrar el peso de la cólera de una muger y de la indignacion de una Reyna; pero habíase atrincherado á prevencion con sus deberes, y como su urbanidad reconocida debia servirle ademas de coraza para recibir los primeros golpes, entró tranquilamente y con la sonrisa en los labios en la real cámara.

Maria Antonieta, que estaba muy lejos de corresponder á esta sonrisa, le dijo con sequedad:

— Ahora nos toca á nosotros esplicarnos, M. de Crosne.

— Estoy á las órdenes de V. M.

— Supongo, señor subprefecto de policía, que sabreis la causa de todo lo que me está sucediendo.

Mr. de Crosne lanzó en torno suyo una mirada de desconfianza, al notar la cual prosiguió la Reyna:

—No os inquieteis, caballero; debéis conocer perfectamente á estas dos damas, puesto que conoceis á todo el mundo.

—Ciertamente, señora, que conozco á las personas, y aun pudiera añadir que conozco tambien los efectos: pero ignoro la causa del asunto á que alude V. M.

—En ese caso tendré yo el disgusto de decíroslo, replicó la Reyna un tanto cuanto despechada al ver la tranquilidad del subprefecto de policía: y cuando podría muy bien comunicaros mi secreto, como suelen comunicarse generalmente, es decir, en voz baja y con disimulo, no quiero hacerlo así, caballero, porque estoy en el caso de poder hablar alto, y sin tener porque ocultarme de nadie. De consiguiente, habeis

de saber que yo atribuyo los *efectos*, puesto que así llamais vos á lo que motiva mis quejas, á la mala conducta de una persona que se me parece mucho, y la cual acostumbra á darse en espectáculo en todas partes donde vos ó vuestros agentes creen verme á mí.

— ¡Como una semejanza! exclamó Mr. de Crosne, sin notar, ocupado como se hallaba en sostener el ataque de la Reyna, ni la pasagera turbacion de Juana; ni la exclamacion de Andrea.

— Pues qué, ¿hallais por ventura imposible semejante suposicion? ¿Prefeririais acaso, señor subprefecto de policía, creer que yo me equivoco, ó que trato de engañaros?

— Dios me libre de ello, señora; pero entre V. M. y qualquiera otra persona de su sexo hay una diferencia tan grande, que ninguno que tenga una mirada un poco in-

teligente se podría equivocar.

—Pues yo os digo que sí, puesto que hay quien se ha equivocado.

—Y yo podría dar á V. M. un ejemplo de ello, si fuese necesario, añadió Andrea.

— ¡Ah!....

—Sí, señora; cuando en vida de mi madre habitábamos en Taverney-Maison-Rouge, teníamos una criada, que por una estraña casualidad...

— ¡Se me parecía!

— Tanto, que cualquiera habría podido equivocarla con V. M.

— ¿Y qué fue de esa muchacha?

— Como entonces no sabíamos aun hasta qué grado era generoso, elevado y superior el espíritu de V. M., mi padre, temiendo que tan estraordinaria semejanza pudiese no ser del agrado de la Reyna, la ocultó á los ojos de la corte en-

tera mientras permanecimos en Trianon.

—Ya lo oís, M. de Crosne ; ¿ qué tal ? si no me equivoco , empieza á interesaros la narracion.

—Estraordinariamente , señora.

—¿ Y luego , mi querida Andrea ?

—Luego , señora , aquella muchacha que era de un espíritu ambicioso y medio alocado , se cansó de permanecer encerrada tanto tiempo , trabó sin duda conocimiento con algun mala cabeza , y una noche la eché de menos al ir á acostarme. Buscáronla por toda la casa , pero fue en balde , porque habia desaparecido.

—¿ Y os robó algo al marcharse ?

—No , señora ; no era posible , porque yo no tenia nada.

Juana habia escuchado este coloquio con una atencion fácil de comprender.

— ¿De modo, señor de Crosne, que vos no sabiais nada de eso? preguntó la Reyna.

— Ni una palabra, señora.

— ¿Conque es decir, que existe una muger, cuya semejanza conmigo es sorprendente, y vos no la conoceis? ¿Conque hay en el reyno una jóven, origen de desórdenes graves, y sin embargo no estais instruido de semejante acontecimiento? Vamos, vamos, M. de Crosne, y podeis lisonjearos ; pardiez! de tener bien montada la policía!

— Repito, señora, que nada sabia; y aun cuando el vulgo quiere elevar las funciones de un subprefecto de policía á la altura de las de un dios, V. M., cuyo asiento está mucho mas alto que el mio en este olimpo terrestre, sabe muy bien que los magistrados del Rey no son mas que hombres, y que de consiguiente dificilmente puedo yo acermne superior á los acontecimien-

tos, y disponer de ellos á mi antojo. En punto á acontecimientos los hay tan estraños, que la inteligencia humana apenas basta á comprenderlos.

—No obstante, caballero, cuando un hombre ha recibido todos los poderes posibles para penetrar hasta en el pensamiento de sus semejantes; cuando además de los agentes tiene con que pagar espías, y por medio de estos puede tener noticia hasta de los gestos que yo hago al mirarme al espejo, parece en verdad que si este hombre no manda los acontecimientos.....

—Señora, cuando V. M. pasó la noche fuera de su palacio, lo supe al instante por mis agentes. Mi policía, por lo tanto, no está tan mal montada, ¿no es así? Ahora bien; aquel día fue V. M. á casa de esta señora que vive en el Marais, calle de Saint-Claude, de lo

cual no se trata en este momento; pero no podrá menos de convenir conmigo V. M. en que mi policia ha cumplido bastante bien su cometido, puesto que os vió entrar con Mad. de Lamballe en casa del doctor Mesmer, y puesto que cuando V. M. fue al baile de la ópera.....

La Reyna levantó vivamente la cabeza al oír estas palabras,

—Perdonad, señora; iba á decir que mis agentes vieron en el baile á V. M. ó creyeron verla, como lo creyó tambien el señor conde de Artois, y que cuando S. A. equivocó con otras las facciones de su augusta hermana, nada de extraño tiene que las equivocaran tambien mis agentes, los cuales solo han visto la cara de V. M. en los escudos que reciben de paga. El agente que se hallaba en el baile de la ópera creyó que os habia visto, y por eso me lo dijo. Repito, por

lo tanto, que mi policía no está tan mal montada como presume V. M. En prueba de ello, señora, véase si mis agentes se han enterado ó no exactamente del asunto del folletista Reteau, á quien tan buen pago dió M. de Charny.

— ¡M. de Charny! exclamaron la Reyna y Andrea á un tiempo.

— Y á fé, señora, que no podrá decirse que es antiguo este suceso, presto que las espaldas del folletista aun conservan el calor de los bastonazos. Hé aquí una aventura semejante á aquellas que constituían los triunfos de mi antecesor, cuando con tanto talento lo referia al difunto Rey ó á la favorita.

— ¿Conque es cierto que M. de Charny fue á habérselas con ese miserable?

— ¡Ciertísimo; y yo no lo he sabido por otra parte que por conducto de esa policía tan calumniada, la cual no podreis menos de

confesar tambien que no será tan torpe, cuando ha descubierto asimismo el dnelo que siguió al asunto del folletista.

— ¡Cómo! ¡se ha batido M. de Charny! exclamó la Reyna.

— ¿Con el autor del folleto? preguntó vivamente Andrea.

— ¡Oh! no; con el autor del folleto, no; el pobre folletista, á quien tan molido dejó M. de Charny, no hubiera podido dar á este la estocada, de resultas de la cual acaba de salir tan malo de este aposento.

— ¡Conque es decir que está herido! exclamó la Reyna: ¡herido!.... pero..... ¿Cuándo? ¿Cómo?.... Vamos, M. de Crosne, sin duda alguna os equivocais...

— ¡Oh! ¡señora! V. M. me ha cogido demasiadas veces en falta para que pueda presumir que ahora tambien incurro en ella.

— Pero... si M. de Charny se

hallaba en esta cámara hace un instante!

— No digo lo contrario.

— ¡Oh! es verdad, exclamó Andrea; pero yo he notado, sin embargo, que no estaba bueno.

Y la señorita de Taverney pronunció estas palabras con un tono, que la Reyna descubrió perfectamente la hostilidad, y se volvió con viveza á mirarla.

Aquella mirada era una respuesta, y Andrea la sostuvo con energía.

— ¡Cómo! exclamó en seguida María Antonieta; ¡habeis observado que M. de Charny sufría y no lo habeis dicho!

Andrea no respondió; pero Juana, que quería hacerse amiga á todo trance de la favorita, vino en su auxilio, diciendo:

— Yo tambien creí notar que M. de Charny hacia los mayores esfuerzos por sostenerse en pie, mien-

tras que V. M. le ha dispensado la honra de hablar con él.

—En efecto; apenas podia sostenerse, presiguió la orgullosa Andrea, sin dirigir á Juana ni aun una mirada de gratitud.

M. de Crosne, á quien la Reyna habia llamado para dirigirle un interrogatorio, se saboreaba á su gusto haciendo observaciones sobre aquellas tres mugeres, de las cuales solo Juana era quien tenia presente que se hallaba allí un subprefecto de policia.

—Pero, decidme, M. de Crosne, prosiguió la Reyna: ¿con quién y por qué se ha batido M. de Charney?

—Con un caballero que... Pero ya creo que es inútil que sepais... puesto que los dos adversarios se hallaban aqui hace un momento en la mejor armonia del mundo.

— ¡Aquí!

—Aqui mismo... de donde salió

el primero el vencedor hará cosa de unos veinte minutos.

— ¡M. de Taverney! exclamó la Reyna, en cuyos ojos brilló un rayo de cólera.

— Mi hermano! murmuró Andrea, echándose en cara el haber sido demasiado egoísta para no comprenderlo todo.

— Por mi parte, dijo Mr. de Crosne, no me cabe duda alguna en que es Mr. Felipe de Taverney el adversario con quien se ha batido Mr. de Charny.

La Reyna se restregó violentamente las manos una con otra lo cual era indicio de que se hallaba muy encolerizada.

— ¡Oh! exclamó Maria Antonietta: eso está mal hecho.... muy mal hecho.... ¡Traer á Versalles las costumbres de la América!... ¡Oh! no, no quiero pasar por eso.

Andrea y Mr. de Crosne bajaron la cabeza sin replicar palabra.

—¿Conque es decir que porque han andado con Mr. de Lafayette y Mr. Wasinghton (la Reyna afectó pronunciar este nombre á la francesa) quieren transformar mi corte en una liza del siglo XVI! No, repito que no será. Pero, vos Andrea, debiais saber que vuestro hermano se habia batido.

—Ahora es cuando lo oigo, señora; respondió esta.

—¿Y por qué se ha batido?

—Eso podríamos preguntárselo mejor á Mr. de Charny, que es quien ha reñido con él; respondió Andrea con el semblante pálido y los ojos centelleantes.

—Yo no pregunto, repuso la Reyna con arrogancia, lo que ha hecho Mr. de Charny, sino lo que ha hecho Mr. de Taverney.

—Si mi hermano se ha batido, señora, contestó Andrea soltando una á una sus palabras, de seguro

no habrá sido contra el servicio de V. M.

—Lo cual equivale á decir, señorita, que Mr. de Charuy no se ha batido por mi servicio?

—Tengo la honra de hacer presente á V. M., repuso Andrea en el mismo tono, que yo no hago mas que abogar por mi hermano.

Maria Antonieta procuró conservar su calma para lo cual necesitó de todo su esfuerzo.

En seguida se levantó del sillón, dió una vuelta al rededor de su cuarto, acercóse despues al espejo, y tomando un libro de encima de una mesa, leyó en él unas siete ú ocho líneas, y lo volvió á dejar acto continuo.

—Mil gracias, Mr. de Crosne, dijo dirigiéndose al magistrado; me habeis convencido y estoy satisfecha. Tenia la cabeza trastornada con todas esas suposiciones y esos enfado-

esos embustes que he oído. Vuestra policía está muy bien montada, y me complazco en reconocerlo así; pero no olvidéis el hacer lo posible por descubrir quien es esa muger que se me parece tanto: confío en que lo hareis; ¿no es verdad? A Dios.

Y tendiéndole la mano con la mayor amabilidad, el subprefecto de policía partió doblemente feliz, y diez veces mas enterado de lo que pasaba.

Andrea conoció perfectamente lo que significaba aquel á Dios, y saludó á la Reyna con una reverencia profunda.

La Reyna la despidió de una manera negligente, pero sin manifestar en la apariencia ningun rencor.

Juana se inclinó como ante un altar sagrado, y se preparaba tambien para marcharse, cuando entró Mad. de Misery y dijo á María Anto-

nieta:

— ¡Habia designado hora V. M. á los joyeros MM. Bœhemer y Bos-sange?

— ¡Ah! es verdad, mi buena Mi-sery, es verdad; decidles que entren. Vos, Mad. de La Motte, quedaos; quiero que el Rey acabe de hacer con vos las paces.

Y al pronunciar estas palabras acechaba en un espejo la espresion y el semblante de Andrea, la cual se dirigia con lentitud hácia la puerta de aquel vasto gabinete.

María Antonieta quiso sin duda escitar los celos de esta última, manifestando tanta bondad hácia la reciénvenida.

Pero Andrea desapareció por detras del tapiz sin estremecerse lo mas mínimo y sin fruncir el ceño siquiera.

— ¡Oh! ¡acero! ¡puro acero! exclamó la Reyna suspirando: todos estos Taverney son de acero pu-

ro... pero de oro tambien.

— ¡ Ah! señores joyeros, buenos dias: ¿ qué me traeis de nuevo? Ya sabeis, sin embargo, que ando de dinero muy mal.

## LA TENTADORA.

**M**ad. de La Motte se habia vuelto á su sitio y permanecia en el medio oculta, á guisa de una muger modesta y atenta, á guisa de una muger á quien habian concedido permiso para quedarse y escuchar.

MM. Bœhmer y Bossange, vestidos de etiqueta, se presentaron á su soberana, y multiplicaron sus saludos hasta llegar al sillón donde

se hallaba sentada María Antonieta.

— Los joyeros, dijo esta, solo acostumbran á venir aquí para hablar de joyas, y si ese es vuestro objeto, no puedo menos de manifestaros que no llegáis á buena ocasión.

M. Bøehemer, que era el orador de la sociedad, tomó la palabra y contestó con el respeto mas profundo:

— No venimos, señora, á ofrecer mercancías á V. M. porque no queremos arriesgarnos á ser indiscretos.

— ¡ Oh! ¡ ver joyas no es comprarlas! exclamó la Reyna arrepintiéndose de haber manifestado tauto valor.

— Cierto que no, señora, prosiguió Bøehemer buscando el hilo de su frase; pero venimos á cumplir un deber, y eso es lo que nos ha dado ánimo.

— ¡Un deber!.... repitió la Reyna con sorpresa.

— Sí, señora, venimos á hablar á V. M. de aquel hermoso collar de diamantes que S. M. no se dignó admitir hace algun tiempo.

— ¡Ah! ¡el collar!.... ¿no decia yo bien? exclamó María Antonieta riéndose.

Bøhemer conservó su seriedad á pesar de esta rísa.

— El hecho es, M. Bøhemer, que el collar no puede ser mas precioso, prosiguió la Reyna.

— Tanto, dijo Bøhemer con timidez, que solo V. M. es digna de llevarlo.

— Lo que me consuela, exclamó María Antonieta con un ligero suspiro, el cual no pasó desapercibido para Mad. de La Motte, es que el precio de ese collar asciende, si no estoy trascordada, á millon y medio: ¿no es verdad, M. Bøhemer?

—Asi es en efecto, señora.

—De consiguiente, continuó la Reyna, en los dificiles tiempos que alcanzamos, en una época en que los corazones de los hombres están tan frios como el sol de invierno, no hay soberano que pueda comprar un collar de diamantes de un millon quinientas mil libras.....

—Un millon quinientas mil libras! repitió como un eco fiel Mad. La Motte.

—Puesto que lo que yo no he podido, ó no he debido comprar... Ya sé que me responderéis que las piedras son buenas, magnificas; pero yo podria envidiar en todo caso á cualquiera la posesion de sesenta diamantes, al paso que dos ó tres de ningun modo pueden excitar mi envidia.

Y al pronunciar María Antonieta estas palabras se restregaba las manos con una especie de satisfaccion en la cual entraba por algo

el deseo de hacer rabiar un poco á MM. Pœhemer y Bossange.

—Perdóneme V. M., repuso Bœhemer, que le diga que está en un error, puesto que el objeto que nos trae á su presencia no es otro que el de cumplir un deber que nos hemos impuesto á fuer de leales súbditos de S. M.: el collar está ya vendido.

— ¡Vendido! exclamó la Reyna volviéndose vivamente.

— ¡Vendido! repitió Mad. de La Motte, á quien el movimiento de su protectora hizo desconfiar de su presunta abnegacion.

— ¿Y á quién? preguntó la Reyna.

— ¡Ah! señora, ese es un secreto de estado.

— ¡Un secreto de estado! ¡Bah! si no es mas que eso, replicó alegremente la Reyna, podeis confiárnoslo, puesto que aquello que no se dice, es únicamente lo que no

puede decirse; ¿no es verdad, M. Bøhemer?

— ¡Oh! Señora!

— Secreto de estado! precisamente esos son los que nos conciernen!.... Vamos, M. de Bøhemer, fiadme el vuestro, puesto que de lo contrario haré que os lo robe uno de los agentes de M. de Crosne.

Y así diciendo, se puso á reir con toda su alma del presunto secreto que impedía á Bøhemer y Bosange revelar el nombre de los compradores del collar.

— Con V. M., señora, repuso gravemente Bøhemer, nos guardaríamos nosotros muy bien de conducirnos como podriamos hacerlo con cualquiera otro comprador; de consiguiendo crea V. M. que si hemos venido á decirle que el collar está vendido, es porque realmente lo está, y que si hemos callado el nombre del comprador, es porque el

contrato se ha hecho en efecto de una manera secreta, á petición de un embajador que ha venido expuesto de incógnito á comprar el collar.

Al oír la palabra *embajador*, creció de punto la jovialidad de la Reyna, la cual se volvió vivamente á Mad. de La Motte, diciéndole :

—Lo que hay de mas admirable en todo esto, es que Bøehemer es muy capaz de creer lo que dice.

—Veamos, amigo mio; comunicadme siquiera de qué país viene ese embajador... pero no; eso seria demasiado, prosiguió riéndose á mas no poder: decidme tan solo con qué letra empieza su nombre.

Y soltando el trapo á reír, permaneció algunos instantes sin dar lugar al joyero para que le diera su respuesta.

—Es el embajador de Portugal, dijo Bøehemer en voz baja, y como

si hubiera querido salvar su secreto de los oídos de Mad. de La Motte al menos.

A esta palabra tan positiva, la Reyna cesó de reirse y exclamó:

— ¡El embajador de Portugal! Mirad lo que decis, M. Bœhemer, porque actualmente no hay en París embajador de ese reyno.

— Ha venido espresamente para este asunto, señora.

— ¿Y ha estado en vuestra casa... de incógnito?

— Sí, señora.

— ¿Y quién es?

— M. de Sousa.

La Reyna no replicó una palabra, y despues de mover de un lado á otro la cabeza por espacio de breves instantes, esclamó á guisa de aquel que acaba de tomar un partido:

— ¡Muy bien! tanto mejor para S. M. la Reyna de Portugal, porque los diamantes son en efecto mag<sup>o</sup>

níficos: no hablemos, por lo tanto, mas del asunto.

—Al contrario, señora, permítame... ó por mejor decir, permítanos V. M. que hablemos... dijo Beehemer, mirando á su consocio.

Bossange saludó con el mas profundo respeto.

—¿Conoceis vos esos diamantes, condesa? esclamo la Reyna echando á Juana una mirada á hurtadillas.

—No señora.

—¡Oh! ¡son magníficos!.... Lástima es que estos señores no los hayan traído consigo.

—Aquí están, señora, se apresuró á decir Bossange.

Y sacó del fondo de su sombrero, que llevaba debajo del brazo, la cajita chata en la cual estaba guardado el collar.

—Mirad, mirad, condesa, dijo la Reyna á Juana: sois muger, y como tal, no podrá menos de gus-

taros esto.

Y separándose un poco del velador de Sevres, sobre el cual acababa de estender el joyero su collar, artísticamente y de manera que la luz reflejase bien sobre las piedras, Juana vió saltar tantos rayos como facetas tenían los diamantes.

La condesa de La Motte no fue dueña de reprimir un grito de admiración, el cual nada tenía de extraño si se considera que el espectáculo que se ofrecía á sus ojos era en efecto magnífico: al ver el collar en aquel momento cualquiera hubiera dicho que era una lengua de fuegos tan pronto verdes como rojos, ó blancos como la misma luz. Behemer hacia oscilar la cajita, y esta oscilación producía en las piedras el mismo efecto que si hubiesen sido un arroyo de llamas líquidas.

— ¡Oh! Es admirable! exclamó

Juana con entusiasmo.

— Hé aqui un millon quinientas mil libras que pudieran encerrarse en un puño, replicó la Reyna con la misma flemma filosófica que hubiera desplegado M. Rousseau en igualdad de circunstancias.

Pero Mad. de La Motte, que creyó ver algo mas que desden en las palabras de María Antonieta, no perdió las esperanzas de convencer á la Reyna, y la dijo despues de un minucioso exámen:

— Tenia razon el joyero, señora; solamente hay en el mundo una persona digna de llevar tau magnífica alhaja, y esta persona es vuestra magestad.

— Mi magestad, sin embargo, no la llevará, replicó María Antonieta.

— Pero nosotros, señora, repuso el joyero, no hemos podido decidirnos á consentir en que saliera de Francia este collar, sin venir prime-

ro á manifestar á V. M. nuestro sentimiento de que no se quede con él. Esta joya la conoce actualmente la Europa entera, y todos quieren disputarse su posesion; de consiguiente, nuestro orgullo nacional no permitirá que se atavie con ella ninguna soberana, sino despues que nuestra Reyna la halla rehusado definitiva é irrevocablemente.

— ¡Oh! Ya la he rehusado, respondió la Reyna, y delante de muchas personas que me alabaron demasiado esta accion para que pueda arrepentirme ahora.

— ¡Oh! Señora! repuso Bøehemer; si el pueblo ha encontrado digna de V. M. la accion de preferir al collar un navío, estoy seguro de que la nobleza, que es francesa tambien, no se sorprenderia de que la Reyna de Francia comprase una joya despues de haber comprado un buque de guerra.

—No hablemos mas de eso, esclama-

mó María Antonieta, mirando por última vez el estuche de los diamantes.

Juana suspiró profundamente, tal vez por secundar el suspiro que se habia escapado á la Reyna.

— ¡ Ah! ¿ Qué es eso, condesa. ¿ Suspirais? Estoy segura, sin embargo, de que si os halláseis en mi lugar, haríais lo mismo que yo.

— No lo sé, señora, repuso Juana con voz casi imperceptible.

— Vamos; ¿ habeis mirado ya bastante el collar?

— ¡ Oh! no me cansaria de estarlo mirando toda mi vida.

— Dejad, pues, á esta curiosa que lo mire cuanto quiera; dijo la Reyna á los jóyeros: eso no rebajará el valor de los diamantes, cuyo precio será siempre por desgracia, un millon quinientas mil libras.

Estas palabras parecieron á la condesa una ocasion favorable para sus miras.

La condesa de La Motte se dijo para sí: La Reyna siente quedarse sin esta alhaja; luego ha tenido deseos de poseerla; y si ha tenido estos deseos, debe conservarlos aun, puesto que no los ha logrado. Tal era la lógica de Juana, y así es preciso creerlo, puesto que en seguida añadió en voz alta:

— En efecto, señora; pero son un millon quinientas mil libras, que, en vuestro cuello, harían morir de celos á todas las mugeres, ora fuesen unas Cleopatras, ora unas Venus.

Y cogiendo del estuche el régio collar, lo colocó tan hábil y ligeramente sobre el satinado cutis de Maria Antonieta, que esta se encontró en un abrir y cerrar de ojos inundada de fósforos y de radiantes colores.

— ¡ Oh ! ¡ qué bien le sienta á V. M. ! dijo Juana.

Maria Antonieta se acercó vi a-

mente á un espejo, y se fascinaba mirándose en él.

Su cuello fino y delicado como el de Juana Gray, aquel cuello delgado como el tallo de una flor de lis, y destinado como la flor de Virgilio á caer bajo el hierro, se destacaba graciosamente con sus rizados bucles de oro del seno de aquellas luminosas ondas.

Juana se atrevió á descubrir los hombros de Maria Antonieta arreglando su trage, de modo que las últimas vueltas del collar caian sobre su nacarado pecho. La Reyna estaba radiante de belleza; la muger, seductora hasta un grado inexplicable. Amantes ó súbditos, todos debian prosternarse ante aquella sublime beldad.

Maria Antonieta se olvidó de sí misma hasta el punto de estarse admirando por espacio de algunos instantes. Luego, y como si se hubiese apoderado de ella un repentino te-

mor, dijo, queriendo arrancarse el collar de los hombros:

— ¡ Oh ! ya basta ! ya basta !

— El collar ha tocado ya á V. M., exclamó Bøehemer y por lo tanto ninguna otra persona es digna de llevarlo.

— Es imposible, señores, replicó firmemente la Reyna: yo no he querido hacer otra cosa que jugar un poco con los diamantes; pero el prolongar este juego, seria ya una falta.

— Vuestra magestad puede tomarse todo el tiempo que guste para ir acostumbrándose á esta idea, se atrevió á decir Bøehemer á la Reyna en voz baja: mañana volveremos.

— Pagar, aun cuando sea tarde ó á plazos, siempre es pagar. De consiguiente, ¿ qué necesidad teneis de que se os pague tarde, cuando tal vez teneis precision de recoger pronto el dinero y otro comprador que

os proporcione una venta mas ventajosa?

—¡Oh! Lo que es en cuanto á eso, tiene razon V. M. puesto que hay quien nos lo tome al contado, repuso el joyero, en quien volvieron á despertarse los instintos del mercader.

—Tomad! tomad vuestros diamantes! esclauó la Reyna, y volvedlos á guardar en el estuche: vamos; guardadlos pronto!

Vuestra magestad habrá olvidado tal vez que una joya como esta es siempre dinero, y que de aqui á cien años valdrá tanto ó mas de lo que vale hoy.

—Dadme un millon quinientas mil libras, condesa, replicó la Reyna haciendo un esfuerzo por sonreirse, y entonces quizás nos decidiremos á comprarlo.

—¡Oh! señora! si yo las tuviese!....

Y se detuvo aqui, comprendien-

do acaso que las frases largas expresan á veces mucho menos que una reticencia oportuna.

Bœhemer y Bossange emplearon en guardar y arreglar el collar dentro del estuche muy cerca de un cuarto de hora, durante el cual la Reyna ni aun pestañeaba siquiera.

En su silencio, así como en su afectado continente comprendíase bien que la impresion habia sido viva, y penosísima la lucha.

Como acostumbraba á hacerlo en todos los momentos de despecho, María Antonieta alargó la mano para tomar un libro y pasó de él algunas hojas sin leer ni siquiera una palabra.

Los joyeros se dispusieron á salir de la real cámara, diciendo así que el collar estuvo guardado en el estuche :

— ¿Rehusa V. M. en efecto quedarse con él?

— Sí... sí, repuso la Reyna con

un suspiro tan dilatado, que esta vez hubiera podido decirse que suspiraba por todo el mundo.

Los joyeros desaparecieron detrás del tapiz.

Juana observó entonces que el pie de María Antonieta se agitaba violentamente sobre el cogin de terciopelo, en el cual se veia marcada su huella.

— ¡Oh! se conoce que sufre bastante! dijo para sí la condesa, sin moverse de su sitio.

A esta sazón levantóse la Reyna, dió una vuelta por la cámara, y deteniéndose delante de Mad. de La Motte, cuya mirada la fascinaba, le dijo con breve acento:

—Condesa, por lo visto, el Rey no volverá ya; aplacemos, pues, nuestra súplica para la audiencia próxima.

Juana saludó respetuosamente, y fue retrocediendo hasta la puerta...

—Pero vivid persuadida de que no me olvidaré de vos: añadió la Reyna con voz bondadosa.

Mad. de La Motte apoyó los lábios sobre la mano de María Antonieta como si tratase de depositar en ella su corazón, y salió de la estancia, dejando á la Reyna entregada á sus disgustos y á sus vértigos.

— ¡Oh! esclamó Juana para sí; estos son los disgustos de la imposibilidad, y los vértigos del deseo!.... Y sin embargo, es una Reyna!.... ¡Bah! no; es una muger!

Y desapareció en seguida.

DOS AMBICIOSOS QUE QUIEREN PASAR  
POR DOS ENAMORADOS.

**J**uana no era una Reyna, pero era muger en cambio, y asi es que en el instante mismo en que entró en su coche, se puso á comparar aquel hermoso palacio de Versailles, aquel rico y espléndido mueblage, y aquellos lacayos magníficos, con la vieja criada y los desvencijados muebles que tenia en su

cuarto piso de la calle de Saint-Gilles.

Pero la humilde bohardilla y la vieja criada desaparecieron muy pronto en la sombra de lo pasado, como desaparecen las visiones, que porque ya no existen se cree que no han existido jamás, y Juana vió en cambio su casita del barrio de Saint-Antoine, tan distinguida, tan graciosa, tan elegante, como se diria ahora, y con aquellos lacayos, los cuales, si no eran tan lujosos como los de Versailles, eran al menos tan respetuosos y tan obedientes.

Aquella casita y aquellos lacayos eran para ella una especie de Versailles, en el cual era tan Reyna como María Antonieta lo era en el suyo, y en el que, una vez que manifestase sus deseos, con tal de que supiese limitarlos, no á lo necesario sino á lo razonable, podia estar segura de que habian de ser

egecutados tan exacta y puntualmente como si tuviese en las manos un cetro.

Así es que Juana, merced á estas ideas, entró en su casa con la frente despejada y la sonrisa en los labios. Todavía no era tarde, y por lo tanto tomó papel, un tintero y una pluma, y despues de escribir algunas líneas puso la carta bajo una cubierta fina y perfumada, trazó el sobre, y llamó para que viniera uno de sus criados.

Aun no se habia estinguido la última vibracion de la campanilla cuando al volver la cabeza vió á un lacayo que se habia quedado al diintel de la puerta de la estancia esperando sus órdenes.

— Tenia yo razon, murmuró Juana, en decir que la Reyna no estaba mejor servidá.

En seguida añadió estendiendo la mano hacia el lacayo.

— Esta carta á monseñor el Carde-

nal de Rohan.

El lacayo se adelantó con mesurado paso, y tomando el billete de mano de su señora, salió sin decir una palabra, y manifestando esa obediencia respetuosa, peculiar de los criados de buenas casas.

La condesa se abismó entonces en una meditacion profunda, la cual venia á ser la continuacion de la que le habia asaltado en el camino de Versalles.

Escasamente habrian transcurrido cinco minutos, cuanto oyendo que andaban en la puerta de la habitacion, exclamó en voz alta:

— ¡Adelante!

La persona que llamaba era el mismo lacayo á quien Mad. de La Motte habia confiado la carta del Cardenal.

— ¿Qué se ofrece? preguntó esta con un ligero movimiento de impaciencia al ver que no habian sido ejecutadas sus órdenes.

— Al salir de casa para ejecutar las órdenes de la señora condesa, repuso el lacayo, he encontrado al señor Cardenal que estaba llamando á la puerta, y habiéndole dicho que iba al palacio de Su Eminencia tomó la carta, y despues de leerla se ha apeado del carruaje, y ha entrado diciéndome:

— Bien está: anunciadme.

— ¿Y luego?

— Monseñor está ahí esperando que la señora le mande entrar cuando lo tenga á bien.

Al oír estas palabras asomó una ligera sonrisa á los labios de la condesa, la cual dijo despues de dos segundos con marcado acento de satisfaccion:

— Decid á monseñor que pase adelante.

¿Necesitaria Mad. de La Motte aquellos dos segundos para acabar de combinar su plan, ó no tenían otro objeto que el hacer esperar en

su antecámara á un príncipe de la Iglesia?

El príncipe se presentó en el dintel de la puerta.

Pero antes de describir la escena que pasó entre M. de Rohan y Mad. de La Motte, séanos lícito preguntarnos si al entrar esta en su casa, al enviar á buscar al Cardenal, y al demostrar tanto gozo porque el Cardenal se habia anticipado á sus deseos, tenia Juana algun plan.

Lo tenia en efecto; porque el capricho de la Reyna, semejante á los fuegos fátuos que iluminan todo un valle con sus sombríos accidentes, aquel capricho de la Reyna y sobre todo de muger, acababa de poner de manifiesto á las miradas de la intrigante condesa hasta los mas secretos pliegues de un alma, demasiado altiva, por otra parte, para tomar precauciones para ocultarlos.

El camino desde Versalles á Paris es largo, y cuando se anda en compañía del demonio de la ambicion, le da á este el tiempo bastante para inspirar al oido los mas atrevidos cáculos.

La suma de un millon quinientas mil libras embriagaba la imaginacion de Juana, cuyos ojos se habian fascinado al contemplar el brillo de dos diamantes sobre el raso blanco del estuche de MM. Bœhmer y Bosange.

En efecto, un millon y quinientas mil libras ¿no eran realmente una fortuna de príncipe, máxime para una pobre mendicante, que un mes hacia alargaba la mano á los grandes para pedirles limosna?

Téngase presente, sin embargo, que de la Juana de Valois de la calle de Saint-Gilles, á la Juana de Valois de la calle del barrio de Saint-Autoine habia mucha mas distancia, que la que mediaba entre esta

y la Juana de Valois, dueña del collar.

Mad. de La Motte habia andado ya la mitad del camino que debia conducirla á la fortuna, y la fortuna que Juana codiciaba tenia la ventaja de no ser una ilusion como lo es la palabra de un contrato, como lo es una posesion territorial, cosas esenciales sin duda, pero á las cuales hay que añadir indispensablemente la inteligencia del espíritu á la de la vista.

No; aquel collar era una cosa muy distinta de un contrato ó de una tierra, porque era una fortuna visible, que tenia constantemente delante de los ojos para fascinarla; una fortuna con la cual nada tenia de extraño que soñase Juana de Valois, cuando la habia deseado nada menos que una Reyna, asi como tampoco era chocante que pudiese limitar su ambicion puesto que la misma María Antonieta habia sabi-

do limitar sus deseos.

De consiguiente, no será difícil de comprender que durante el camino de Versalles á Paris asaltarán á Juana de La Motte en forma de lobos, de zorros, ó de serpientes aladas, esas mil vagas ideas, esos extraños fantasmas de nebulosos contornos, que el poeta Aristofanes decia, en sus momentos de pasion que se asimilaban á los hombres.

El Cardenal que era quien debia realizar estos sueños, los interrumpió anticipándose con su inesperada presencia al deseo que tenia de verlo Mad. de La Motte.

El Cardenal de Rohan, que tambien tenia su ambicion, aun cuando la ocultaba bajo una careta de galantería y bajo un aspecto amoroso, exclamó al ver á Mad. de La Motte:

— ¡Ah! ¿sois vos, Juana? Debo deciros que ha llegado á ser para

mí vuestra presencia tan necesaria, que todo el día he estado triste al pensar que os hallábais lejos de mí. Pero ante todas cosas, ¿habeis venido buena de Versalles?

—Ya lo veis, monseñor.

—¿Y contenta?

—Contentísima.

—¿Os habrá recibido bien la Reyna, según eso?

—Tan bien, que fui introducida al momento que llegué.

—No ha sido poca dicha. Y á fé que si juzgo por el aire de triunfo que manifiesta vuestro semblante, casi podría apostarse á que la Reyna os ha hablado.

—He pasado unas tres horas próximamente en el gabinete de su magestad.

El Cardenal se estremeció al oír estas palabras, en tales términos, que faltó muy poco para que las repitiese en voz alto exclamando: «¡Tres horas!» Detúvose, sin em-

bargo, y únicamente dijo á Mad. de La Motte:

—Preciso es confesar, condesa, que sois una encandora, á quien nadie sabria resistir.

— ¡Oh! ¡oh! exajerais demasiado, príncipe mio.

—No á fé, condesa; digo la pura verdad. ¡Conque tres horas nada menos habeis estado con la Reyna.

Juana hizo con la cabeza una seña afirmativa.

— ¡Tres horas! repitió el Cardenal sonriéndose: ¡qué de cosas puede decir en ellas una muger de vuestra chispa!

— ¡Oh! puedo aseguraros, monseñor, que no he perdido el tiempo.

—Lo creo, condesa, y lo creo tanto, que apostaria á que durante esas tres horas, se aventuró á decir el Cardenal, no habeis pensado en mí ni siquiera un minuto.

— ¡Ingrato!

— ¡De veras! exclamó el Cardenal.

— He hecho mas que pensar en vos.

— ¿Pues que habeis hecho?

— He hablado de vuestra eminencia.

— ¡Qué habeis hablado de mí! ¿á quién? preguntó el prelado, cuya voz no pudo ocultar la emoción que sentia á pesar de los esfuerzos que hizo.

— ¿A quién habia de ser sino á la Reyna?

Y al pronunciar estas palabras tan preciosas para el Cardenal, Juana tuvo el arte suficiente de no mirar cara á cara al príncipe, aparentando que no se cuidaba del efecto que debian producir.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó el Cardenal, cuyo corazon palpitaba violentamente: contadme eso, querida condesa; no quiero ocultaros que me

interesa tanto todo cuanto os sucede, que os ruego que no me aborrecis ni el mas mínimo detalle.

Juana se sonrió, porque sabia lo que interesaba al Cardenal tambien como lo que le interesaba á ella misma.

Pero como habia resuelto de antemano hacer aquella narracion meticulosa, y estaba decidida á referirla si el Cardenal no se hubiese anticipado á rogárselo, principió á hablar tan pausadamente como si le hubiesen ido sacando las palabras sílaba á sílaba, y contó toda la conversacion y cuanto habia presenciado en la entrevista, haciendo resaltar á cada paso la prueba de que por una de esas circunstancias imprevistas que hacen la fortuna de los cortesanos, habia caido en Versalles tan á tiempo, que de una extraña habia llegado á ser casi una amiga indispensable. En efecto, Juana de La Motte se habia iniciado

en un solo día en todas las desgracias de la Reyna y en todas las inconveniencias é imposibilidades que trae consigo el reinar.

M. de Rohan aparentaba no hacer alto sino en lo que la Reyna habia dicho concerniente á Juana, al paso que esta recalcaba cuanto la Reyna habia dicho concerniente al Cardenal.

En el instante mismo en que Juana acabó su narracion entró el mismo lacayo de antes á anunciar que estaba servida la comida.

Juana invitó al Cardenal con una mirada, y este aceptó haciendo una señal afirmativa y dando el brazo á la dueña de la casa, la cual tardó muy poco en habituarse á haer los honores.

Dirigiéronse ambos al comedor, y despues de la comida, durante la cual bebió el príncipe á largos tragos el amor y la esperanza en las relaciones veinte veces empezadas

y otras tantas interrumpidas de la encantadora, se decidió al fin el prelado á contar con aquella muger, la cual tenia en su mano el corazon de los poderosos.

El Cardenal tomó con tanto mas gusto esta decision, quanto que veia con una sorpresa mezclada de espanto, que aquella muger en lugar de darse importancia como todos aquellos que comprenden que se les busca porque se tiene necesidad de sus servicios, se anticipaba á los deseos de su interlocutor, con una gracia muy diferente de la leonina fiereza que le habia manifestado en la comida última que les habian servido en la misma casa y en la misma pieza.

Aquel dia hacia Juana los honores, no solo como una muger acostumbrada á ser dueña de sí misma, sino como una muger dueña de los otros. No se notaba el mas ligero embarazo en sus miradas ni la menor

reserva en su voz, sin que para tomar aquellas altas lecciones de aristocracia hubiese necesitado frecuentar todos los dias la sociedad de la flor y nata de la nobleza francesa. Pero ¿qué tenía esto de extraño cuando la Reyna acababa de llamarla «su querida condesa?»

Así es que el Cardenal, á fuer de hombre verdaderamente superior, lejos de tratar de resistir á la superioridad de su interlocutora, se sometió á ella, y dijo á Juana tomándole la mano:

— Preciso es confesar, condesa, que hay en vos dos mugeres.

— ¡ Dos mugeres! exclamó Juana.

— Sí; la muger de ayer, y la de hoy.

— ¿ Y cual prefiere vuestra Emi-  
nencia?

— No lo sé; todo cuanto puedo deciros es, que en la de hoy hay algo de una Armida, de una Circe, y mucho de irresistible....

—Y á la cual, monseñor, espero que no tratareis de resistir, prosiguió Juana, á pesar de que seais todo un príncipe.

El Cardenal se fue escurriendo entonces poco á poco del sillón en que se hallaba sentado, hasta caer á los pies de Mad. de La Motte.

—¿Qué es esto? le preguntó Juana: ¿vais á pedirme limosna?

—Sí; y espero que me la deis.

—¡Oh! teneis razon, respondió Juana; hoy es dia de mostrarse munificente, puesto que la condesa de Valois ha recobrado su rango, y es ya una dama de la corte, que se presentará dentro de poco alternando con las damas mas orgullosas de Versailles: de consiguiente, hoy, repito, bien puede abrir su mano, y alargarla á quien le acomode.

—¿Aunque sea á un príncipe? dijo M. de Rohan.

—Y aun cuando ese príncipe fuese Cardenal por añadidura; repuso

Juana.

M. de Roban estampó un largo y ardiente beso sobre aquella linda mano, y despues de consultar con los ojos la mirada y la sonrisa de la condesa, se alzó del suelo, y dirigiéndose á la antecámara, dijo dos palabras á su volante.

Dos minutos despues, oyóse el ruido del carruaje que se alejaba.

La condesa levantó la cabeza, y miró fijamente al Cardenal.

—Ya lo veis, condesa; acabo de quemar mis naves.

—En lo cual no veo un gran mérito, repuso Juana, puesto que os hallais en el puerto.

EN EL CUAL EMPIEZAN A VERSE LOS  
SEMBLANTES SIN CARETA.

**L**as conversaciones largas son privilegio esclusivo de las gentes que no tienen nada que decirse. Despues de la dicha de callarse ó de desear, la mas grande sin contradiccion, es la de hablarse mucho sin emplear muchas frases.

Dos horas despues de haber des-

pedido el carruage, el Cardenal y la condesa se hallaban precisamente en esta situacion. La condesa habia cedido y el Cardenal habia triunfado. á pesar de esto el Cardenal era el esclavo y la condesa el vencedor.

Dos hombres suelen engañarse frecuentemente al darse la mano. Un hombre y una muger se engañan al darse un beso.

Pero entre M. de Rohan y Mad. de La Motte, si el uno engañaba al otro, era porque este queria dejarse engañar.

Cada cual tenia su objeto, y para conseguirlo era necesaria la intimidad; de consiguiente uno y otro habian conseguido lo que deseaban.

Asi es que el Cardenal en vez de tomarse el trabajo de disimular su impaciencia, se contentó con dar un pequeño rodeo, y volviendo á hacer girar la conversacion sobre

Versalles y sobre las distinciones y favores que allí esperaban á la favorita, dijo á esta :

— La Reyna es generosa , y nada acostumbra á escasear á aquellos á quienes ama. Tiene el raro talento de saber dar poco á todo el mundo, y de dar mucho á pocos de sus amigos.

— La creéis rica según eso ? preguntó Mad. de La Motte.

— La creo capaz de saber proporcionarse recursos con un gesto, con una sonrisa. Quizás no haya existido ministro alguno, á escepcion de M. Turgot, que haya tenido valor para negar á la Reyna lo que esta le haya pedido.

— Pues bien ! yo, repuso Mad. de La Motte, la considero mucho menos rica de lo que vos la haceis : yo creo que es una Reyna pobre, ó mas bien, una pobre muger !

— ¡ Cómo !

— Claro está : ¿ es uno rico cuan-

do se ve precisado á imponerse privaciones ?

— ¡Privaciones ! Contadme eso , por Dios , querida Juana .

— ¡ Ay , Dios mio ! Yo os podré decir lo que he visto , ni mas ni menos .

— Decid , pues ; ya os escucho .

— En primer lugar , habeis de saber que esta desgraciada Reyna ha sufrido dos suplicios , á cual mas atroces .

— ¿ Dos suplicios ? ¿ Cuáles , condesa ?

— ¿ Sabeis lo que es un deseo de muger , mi querido príncipe .

— No , condesa ; pero quisiera que vos me lo esplicárais .

— Pues bien ! La Reyna ha tenido un deseo , que no le ha sido dado satisfacer .

— ¿ Por quién ?

— No ; decid mas bien de qué .

— Sea .

— De un collar de diamantes .

— ¡ Ah ! ah ! no prosigais ; ya caigo : ¿ no es del collar de diamantes de Bœhmer y de Bossange , del que quereis hablar ?

— Justamente.

— ¡ Oh ! condesa ; esa historia es ya demasiado antigua.

— Antigua ó moderna , ¿ no creéis que es una verdadera desesperacion para una Reyna el no haber podido poseer lo que ha estado en un tris que no haya poseido una favorita ? ¡ Oh ! si Juana Vaubernier hubiera estado quince dias mas en la corte de Luis XV , de seguro hubiera obtenido lo que no ha podido obtener María Antonieta.

— Os equivocais , condesa , porque la Reyna ha podido poseer por cinco ó seis veces esos diamantes , y los ha rehusado.

— ¡ Oh !

— Cuando yo os lo digo !.... Habéis de saber que el mismo Rey se los ofreció , y que rehusó to-

marlos.

Y el Cardenal contó entonces la historia del navio.

Juana la escuchó con avidez, y cuando el Cardenal concluyó de hablar le preguntó:

—¿Y bien, y qué?

—¡Cómo!

—Es claro; ¿eso qué prueba?

—Prueba que no los ha querido.

—¡Bah! exclamó Juana encogiéndose de hombros: lo chocante es que vos que conoceis las mugeres, la corte y los Reyes, háyais tomado por mas de lo que vale semejante respuesta.

—¡Diamante! yo no hago mas que hacer constar un hecho: supongo que no me negareis que lo es la renuncia de la Reyna.

—Esa renuncia, mi querido príncipe, prueba cuando mas una cosa, á saber, que la Reyna tenia necesidad de pronunciar una

palabra brillante, de efecto, una palabra popular, y que la pronunció.

— ¡Magnífico! ¿asi es como interpretáis las régias virtudes? ¡Ah! condesa, ¡qué escéptica sois! ¿Sabéis que el mismo Santo Tomás podia pasar por erédulo, comparado con vos?

— Escéptica ó crédula, señor Cardenal, no vacilo en afirmaros una cosa.

— ¿Qué?

— Que la Reyna aun no habia acabado de rehusar el collar, cuando ya tenia los mas vehementes deseos de obtenerlo.

— Vamos, querida mia, no puedo menos de deciros que os forjais en esa cabeza las ideas mas estravagantes: creed, sin embargo, una cosa; á través de sus defectos, la Reyna tiene una gran cualidad.

— ¿Cual?

— La de ser muy desinteresada!

María Antonieta no tiene pasion ni por el oro, ni por la plata, ni por las piedras preciosas. La Reyna estima los minerales en su justo valor; pero una flor en el pecho vale para ella tanto como un diamante en las orejas.

—No diré lo contrario; pero al presente sostengo que S. M. tiene grandes deseos de llevar en el cuello muchos diamantes.

— ¡Oh! condesa; ¿a que no podeis probarlo?

— Nada mas sencillo, puesto que acabo de ver el collar.

— ¿ Vos?

— Y no solo lo he visto, sino que lo he tocado tambien.

— ¿ En dónde?

— ¿ En dónde ha de haber sido?  
En Versailles.

— ¿ En Versailles?

— Sí; á donde lo llevaron los joyeros para ver si la Reyna caia en tentacion la última vez.

— ¿Y es bonito?

— Precioso! es una maravilla!

— En ese caso, á fuer de muger, comprendereis perfectamente que se pueda pensar en ese collar?....

— Hasta el punto de perder el apetito y el sueño; respondió la condesa interrumpiendo al Cardenal.

— ¡Ah! ¡que no tuviera yo un navío que poder dar al Rey!

— ¿Un navío?

— Sí, un navío: porque con su importe obtendria yo el collar, y una vez en mi poder, podriais comer y dormir tranquila.

— ¡Bah! ¿os barlais de mí?

— Os juro que no.

— Pues bien! en ese caso voy á deciros una cosa que sé que va á sorprenderos extraordinariamente.

— Decid.

— Que yo no querria ese collar.

— Tanto mejor para vos, conde-

sa, puesto que yo no podria dároslo.

— ¡Ay! ni vos ni nadie; eso es precisamente lo que siente la Reyna, y la razon por que desea la joya con mas anhelo.

— Pero, si ya os he dicho que el Rey se lo ofrecia, y que.....

Juana hizo un movimiento rápido, que podia pasar por un movimiento de impaciencia, y repuso á su interlocutor:

— Pues yo os repito que las mugeres gustan en extremo de regalos de esta clase, y mucho mas quando se los hacen aquellos de quienes no tienen precision de aceptarlos.

El Cardenal miró á Juana con doble atencion, y le dijo en seguida:

— No os comprendo.

— Bien está: y puesto que no podeis obtener la joya, no se hable mas del asunto.

— ¡Oh! si yo fuese el Rey, y vos la Reyna, á buen seguro que os

obligaria á que la aceptáseis.

— Bueno! obligad á la Reyna á que la tome, y vereis entonces si, á pesar de que no sois Rey se muestra tan incomodada como vos creéis por semejante violencia.

— Pero ¿estais segura de que la Reyna abriga efectivamente ese deseo? repuso el Cardenal mirando otra vez á Juana con ojos penetrantes.

— Tan segura, que no puedo estarlo mas. Escuchad, mi querido príncipe: ¿no sois vos quien me ha dicho... (y si no es á vos yo lo he oido decir á otro) que no os incomodaria el ser primer ministro?

— Muy posible es que haya sido yo, condesa.

— Pues bien! ¿apostamos algo, mi querido príncipe?...

— ¿A qué?

— A que la Reyna nombraria ministro á aquel que se arreglase de modo que el collar en cuestion se ha-

llase en su tocador de aquí á ocho dias?

— ¡ Oh condesa !

— Lo dicho, dicho!... ¿ Preferís acaso que no os participe mis pensamientos ?

— ¡ Oh ! jamás.

— Por otra parte, nada de cuanto he dicho puede ser concerniente á vos, puesto que no habeis de ir á gastaros millon y medio en un capricho real: eso seria pagar demasiado cara una cartera que obtendreis por nada, y la cual mereceis por mil títulos; de consiguiente, haceos cuenta que no he dicho nada, y punto concluido. Yo soy como las cotorras; el sol me ha deslumbrado, y por eso no ceso de repetir que hace calor. ¡ Ah ! monseñor: ¡ qué prueba tan fuerte es un dia de favor cortesano para una pobre provinciana. Los rayos de este sol son muy deslumbradores, y para mirarlos frente á frente se necesita

ser una águila, como lo es vuestra Eminencia.

El cardenal se quedó abismado en una profunda meditacion al oír estas palabras.

—Vamos, vamos, ya veo, prosiguió Juana que me juzgais tan mal, y que me creéis tan vulgar y tan miserable, que ya no os dignais siquiera hablar conmigo.

—¡ Ah! ¡ Cómo podeis decir!...

—Yo he juzgado á la Reyna por mí misma.....

—¡ Condesa !

—Y como yo en su lugar hubiera deseado ardientemente poseer los diamantes, he creído que á S. M. aquejaría el mismo deseo; esta creencia es disculpable en cierto modo, puesto que la Reyna no pudo prescindir de exhalar un profundo suspiro, cuando los joyeros se llevaron el collar.

— Oh! condesa, sois una muger adorable, en quien se encuentran reu-

nidas por una rara casualidad, la debilidad de corazón, como vos la llamais, y la fortaleza de espíritu; en ciertas ocasiones teneis tan poco de muger, que hasta me infundis espanto; al paso que en otras participais en tales términos de las cualidades de las personas de vuestro sexo, que no puedo menos de bendeciros, y de bendecir al cielo.

Y el galante Cardenal selló, por decirlo así esta galanteria con un beso.

—Vamos, prosiguió despues; no se hable ya mas del asunto.

—Sea, murmuró Juana en voz baja: pero, si no me equivoco, añadió para sí, el anzuelo ha enganchado ya.

—Pero ¿creeis efectivamente, dijo el Cardenal, á pesar de su intimacion de no hablar mas del asunto, que es M. Bœhemer quien ha vuelto á la carga?

—Ya se vé que sí, repuso Mad.

de La Motte: M. Bøehemer acompañado de M. Bossange.

— ¡Bossange! repitió el Cardenal, como si tratase de evocar un recuerdo. Decid, condesa, añadió en seguida, ¿ese Bossange no es su consocio?

—Sí; un hombre alto, seco.

—Precisamente.

—El cual debe vivir...

—Hacia el muelle de la Ferraille ó de la Ecole... no estoy seguro en cual; pero sé que ha de vivir en las cercanías del Pont-Neuf.

—Justamente, en una de esas calles es dónde he leído yo su muestra al pasar en mi carruaje...

—Vamos, vamos, prosiguió Juana para sí; el pez va picando cada vez mas en el anzuelo.

Mad. de La Motte tenia razon. Asi es, que el Cardenal, al salir al dia siguiente de la casita del bar-

rio de Saint-Antoine, dió orden á su cochero para que lo condujera directamente á casa de M. de Bœhemer.

Su Eminencia habia resuelto guardar el incógnito con los joyeros, pero como estos lo eran de la corona, á las primeras preguntas que les hizo el príncipe, le contestaron dándole el tratamiento de monseñor.

— Bien está; ya que me habeis reconocido, les dijo el príncipe, procurad que no me reconozca nadie mas.

— Monseñor puede vivir tranquilo sobre ese punto, asi como todos los demas sobre los cuales nos recomiendan el secreto. Esperamos, pues, las órdenes de V. E.

— El objeto que aqui me trae es compraros el collar de diamantes que habeis mostrado á la Reyna.

— ¡Ah! monseñor; lo sentimos en el alma; pero vuestra Eminen-

cia ha llegado demasiado tarde.

— ¡Cómo!

— Sí, monseñor; llega ya tarde V. E., porque el collar está vendido.

— Es imposible; puesto que ayer mismo volvísteis á ofrecerlo á S. M.

— Quien lo ha rehusado nuevamente: esa es la causa por que subsiste el contrato.

— ¿Y con quién habíais concluido esa venta? preguntó el Cardenal.

— Ese es un secreto, monseñor.

— ¡Bah! exclamó el Cardenal, levantándose de su asiento.

— Sin embargo, monseñor puede creer.....

— Lo que yo debo creer y creía en efecto, continuó el Cardenal, es que un joyero de la corona de Francia debía darse por muy contento de vender dentro del reyno esa joya; pero veo con sorpresa, M. Bœ-

hemer, que preferis que vaya á parar á Portugal.

— ¡Ah! monseñor lo sabe todo! esclamó el joyero.

— ¿Y bien y qué? ¿Os sorprende eso por ventura?

— No es eso, monseñor; pero si vuestra Eminencia lo sabe, es porque la Reyna se lo habrá dicho.

— Y aun cuando fuese, ¿qué deducís de ahí? preguntó M. de Rohan, sin rechazar aquella suposicion que lisonjeaba tanto su amor propio.

— ¡Oh! eso cambia enteramente el aspecto de las cosas, monseñor.

— Explicaos.

— ¿Me permitis, monseñor, que hable con entera libertad?

— Claro es que sí.

— ¡Pues bien! La Reyna ha manifestado efectivamente deseo de poseer nuestro collar.

— ¿Lo creéis así?

—Estamos seguros de ello.

— ¡Ah!.... pero y entonces.... ¿por qué no lo compra?

— Porque como lo rehusó admitir de manos de S. M. el Rey, y como el manifestar que está arrepentida de aquella decision que le valió tantos elogios, seria dar á entender que...

— La Reyna es superior á todo cuanto se murmure de ella.

— Convengo en ello, Monseñor, cuando quien murmura es el pueblo, ó los cortesanos, si se quiere; pero cuando es el mismo Rey el que habla....

— ¿Pero no sabeis que es el Rey precisamente quien quiso dar á la Reyna esa joya?

— Sin duda que sí; pero tambien sabemos que S. M. se apresuró á manifestar á la Reyna los mas cumplidos elogios cuando esta la rehusó.

— Bien está: ¿y qué deduce de

¿hi M. Bœhemer ?

— Deduzco que la Reyna no tendria inconveniente, ni llevaria á mal el poseer esa joya, si pudiera obtenerla, sin dar á entender que la habia comprado.

— Pues bien ! os habeis equivocado, esclamó el Cardenal, porque no es de eso de lo que se trata.

— Lo siento en el alma, monseñor, porque esa hubiera sido la razón única que nos decidiera á faltar á la palabra que tenemos empeñada al señor embajador de Portugal.

El Cardenal se quedó en ademán meditabundo al oír esta contestacion.

Hay que tener en cuenta que por hábil que sea la diplomácia de los diplomáticos, la de los mercaderes es mucho mas hábil todavia : aquellos casi siempre negocian valores que no tienen, al paso que el mercader tiene y guarda con el

mayor cuidado el objeto que escita la curiosidad; comprarle este objeto, pagárselo caro, es casi despojarlo.

Conociendo esto mismo el Cardenal, y viendo que se hallaba en poder del negociante, le dijo:

—Pues bien! amigo mio, suponed que la Reyna tenga efectivamente deseos de poseer ese collar...

—Entonces, monseñor, la cosa cambiaria de aspecto, como he tenido ya la honra de decirlo á vuestra Eminencia, porque tratándose de S. M., puedo romper todos los contratos.

—¿Y en cuánto vendeis esa joya?..

—En un millon quinientas mil libras.

—¿Y qué condiciones imponeis para el pago?

—El embajador me daba una cantidad de presente, y yo debia ir á

llevar el collar á Lisboa, donde se me entregaria el resto.

—Ésas condiciones, M. Bøhemer, ya conoceis que son impracticables para nosotros, repuso el Cardenal: á lo sumo, podriamos hacer un esfuerzo para daros algo de presente, si la cantidad no es exorbitante.

—Cien mil libras.

—Vamos: esa suma quizás podria encontrarse.

—¿Y el resto?

—¿Querria vuestra Eminencia, dijo Bøhemer, que se le concediera algun plazo? Con la garantía de monseñor, quizás seria eso factible; pero tenga presente V. E. que eso nos causaria alguna pérdida, porque en un negocio de esta importancia los intereses crecen mucho, y de recibir el dinero al contado, á recibirlo de otro modo siempre resulta alguna diferencia. De consiguiente, todo lo mas que podria-

mos hacer, seria aumentar el valor de la joya un diez por ciento de su importe total.

—Lo cual seria equivalente á un aumento de ciento cincuenta mil libras; ¿no es así?

—Precisamente.

—Bien está; en ese caso, M. Bøhemer, arreglemos la compra del collar en un millon seiscientas mil libras, pagaderas en tres plazos, los cuales espirarán en el término de un año, y punto concluido. ¿Os acomoda?

—Hágase cargo monseñor, de que de esa manera resultan cincuenta mil libras en perjuicio nuestro.

—No lo creo, amigo mio; además de que si tuviéseis que recibir mañana un millon quinientas mil libras, no sabríais qué hacer de ellas, puesto que un joyero no compra una posesion de ese precio.

—Vuestra Eminencia olvida sin

duda que somos dos, mi asociado y yo.

—A pesar de eso, insisto en que debe seros mucho mas conveniente el recibir quinientas mil libras cada cuatro meses; es decir, doscientas cincuenta mil libras cada uno.

—Pero monseñor no debe ignorar que esos diamantes no nos pertenecen esclusivamente. ¡Oh! á no ser por esto, nos consideraríamos suficientemente ricos para pensar en la colocacion de los fondos.

—¿Pues á quién mas pertenecen esos diamantes?

—Quizas tengan parte en ellos mas de diez acreedores, á quienes hemos comprado las piedras. Algunas de estas las tomamos fiadas en Hamburgo, otras en Nápoles, otras en Buenos-Aires, y otras en Moscow, etc. De consiguiente, nuestros acreedores aguardan la venta del collar para ser reembolsados, y lo único que resta para nosotros es el

beneficio que nos resulte de las hechuras: pero ¡ay! monseñor, como esta malhadada joya hace que está en venta mas de dos años, perdemos ya mas de doscientas mil libras á que ascienden los intereses. Juzgue V. E. qué lucidos vamos á salir con este negocio.

--Pero ahora que me acuerdo, aun no he visto yo ese collar; dijo el príncipe interrumpiendo á Bøheimer.

—Es verdad, monseñor; aqui lo tiene vuestra Eminencia.

Y despues de tomar todas las precauciones de costumbre, el joyero presentó el collar á M. de Rohan.

— ¡Es precioso! exclamó el Cardenal, recreándose en contemplar los broches, que habian debido imprimirse sobre el cuello de la Reyna.

Cuando sus dedos se hartaron hasta la saciedad de buscar sobre las

piedras los esfluvios simpáticos que podian haberse adherido á ellas, el Cardenal dijo á Bœhemer:

— Es negocio concluido, ¿no es verdad?

— Sí, monseñor; y ahora mismo me voy á la embajada para desde-cirme.

— No creia yo que Portugal tuviese embajador en París actualmente.

— Vuestra Emibencia cree muy bien, puesto que M. de Sousa que ha recibido una mision especial, ha venido de incógnito.

— Y esa mision, ¿ se reducía acaso á la compra del collar? dijo el Cardenal riéndose.

— Sí, monseñor.

— ¡ Oh! pobre Sousa! lo conozco mucho: repetia el príncipe con una alegría que iba cada vez en aumento.

M. Pœhemer creyó que debia asociarse tambien á la hilaridad de su

parroquiano, y ambos se rieron durante algun tiempo á espensas del embajador de Portugal.

El Cardenal se disponia ya á partir, cuando Bøehemer le detuvo diciéndole:

— ¿Tendria inconveniente monseñor en indicarme de qué modo queda arreglado nuestro negocio?

— Del modo mas sencillo.

— Es decir, que el mayordomo de monseñor...

— No, no; únicamente os entenderéis conmigo.

— ¿Y desde cuando?

— Desde mañana.

— ¿Y las cien mil libras?

— Mañana mismo las traeré yo aqui.

Bien está, monseñor; ¿y los efectos?

— Tambien los firmaré aqui mañana.

— Perfectamente.

— Ahora, M. Bøehemer, puesto

que sois hombre á quien se puede confiar un secreto, acordaos de que poseeis uno de los mas importantes.

— Asi lo supongo, monseñor, y por lo tanto no dudeis que haré todo lo posible en mostrarme digno de vuestra confianza y de la de S. M.; repuso el joyero con aire misterioso.

M. de Rohan se ruborizó y salió de casa de los joyeros turbado al par que feliz como todo hombre que se arruina en un paroxismo de pasión.

Al dia siguiente dirigióse M. Bœheimer con aire contrito y estudiada compostura hácia la embajada de Portugal.

En el instante mismo en que el joyero tocó á la puerta de ella, el primer secretario, M. de Beausire, estaba tomando las cuentas á M. Ducorneau, primer canciller, y el embajador M. de Sousa estaba esplicando á su ayuda de cámara y consócio

un nuevo plan de campaña.

Despues de la última vista de Bœhmer á la calle de la Jussiene, la casa de la embajada habia sufrido muchas transformaciones.

Todo el personal que vimos apear-se de dos sillas de postas, se habia distribuido segun las exigencias de la necesidad, y conforme á las diversas funciones que cada uno de los sócios debia desempeñar en casa del nuevo embajador.

Preciso es decir tambien que los asociados al distribuirse entre sí los papeles que desempeñaban con una perfeccion admirable, tenian la ventaja de vigilar por sí mismos sus intereses, lo cual presta siempre ánimo y conformidad en la ejecucion de los quehaceres mas penosos.

M. Ducorneau, á quien la inteligencia de todos aquellos servidores complacia por extremo, no podia menos de admirarse por otro lado de que el embajador fuese tan poco

aferrado á las preocupaciones nacionales, que hubiese montado su casa bajo el pie de que desde el primer secretario de la legacion hasta el tercer ayuda de cámara fuesen todos franceses.

Así es, que dejándose llevar de esta admiracion, el buen canciller entabló con M. de Beausire una conversacion llena de elogios hácia el jefe de la embajada, intercalando sus lisonjeras frases con algunas observaciones numéricas, que exigia la operacion que estaba verificando con el secretario.

— Ya lo estais viendo, M. Ducorneau, le contestaba Beausire; los Sousas no son de esos portugueses finchados y testarudos que se hallan aun en el siglo XIV; son unos nobles señores, que están acostumbrados á viajar, cuyas riquezas son casi fabulosas, y los cuales podrian ser reyes de alguna parte, si así les viese á las mientes.

— Pero no se les antoja serlo ; ¿no es verdad ? repuso con cierta socarronería M. Ducorneau.

— Ciertamente que no ; de lo contrario , señor canciller , ya se os alcanzará que con cierto número de millones y un nombre ilustre y preclaro como el de un príncipe , no debería ofrecer grandes dificultades.

— ¡ Oh ! filosóficas son , á fé mia , las doctrinas que acabais de manifestar , repuso el canciller ; ¿sabeis , señor secretario , que no esperaba oír de boca de un diplomático esas máximas de igualdad ?

— ¡ Oh ! yo soy una escepcion de la regla , respondió Beausire un tanto contrariado por el anacronismo que se le acababa de escapar : sin ser un adepto de Voltaire , ó un armenio por el estilo de Rousseau , creo conocer no obstante su mundo filosófico , y su teoria sobre la igualdad de condiciones y de

fuerza.

— ¡Ah! exclamó entonces el canciller; es una dicha que el Portugal sea un Estado tan reducido!

— ¿Por qué, M. Ducorneau?

— Porque con hombres semejantes á su frente, no tardaría en engrandecerse de una manera prodigiosa, caballero.

— ¡Bah! nos haceis mucho favor, señor canciller. Por lo demas, la política filosófica ya sabeis que es muy poco aplicable; de consiguiente dejemos de ocuparnos de ella, y pasemos á otro punto. Decíais, si no he oido mal, que hay en caja ciento ocho mil libras. ¿No es esto?

— Sí, señor secretario, ciento ocho mil libras.

— ¿Y ninguna deuda?

— Ninguna; ni siquiera un sueldo.

— ¡Esto es admirable! Dadme el estado si no teneis inconveniente.

— Aquí está. ¿Y cuándo se verifica la presentacion, scñor secreta-

rio? Debo deciros que esto es objeto en el barrio de grande curiosidad, de comentarios interminables, y no sé si añada que de inquietud tambien.

— ¡ Ah! ¡ ah!

— Sí; de vez en cuando se ven vagar al rededor de la casa de la embajada ciertas gentes, las cuales querrán tal vez que las puertas fuesen de vidrio.

— ¡ Ciertas gentes!.... exclamó Beausire: ¿ los vecinos tal vez?

— Y otros que no lo son. ¡ Oh! siendo como es secreta la mision de que el señor embajador viene encargado, ya comprendereis que la policia hará cuanto esté de su parte para indagar lo que la motiva.

— En efecto; repuso Beausire con inquietud.

— A propósito, señor secretario; exclamó Ducorneau conduciendo á Beausire á una reja que caia á la

calle; ¿no veis á aquel hombre de leviton pardo que está allí?

—Sí; ¿y qué?

—¿No os parece que mira hácia aqui con demasiada curiosidad?

—Efectivamente. ¿Y quién creéis que puede ser ese hombre?

—Qué sé yo... algún espia de M. de Crosne quizás.

—Es probable.

—Aqui para entre nosotros, señor secretario, paréceme que M. de Crosne no vale tanto ni con mucho como M. de Sartines. ¿Habéis conocido vos á M. de Sartines?

—No.

—¡Oh! Lo que es M. de Sartines estoy seguro de que á esta fecha sabria ya quienes érais y el objeto de vuestra mision, á pesar de las precauciones...

A esta sazon oyóse una campanilla, que interrumpió la frase del

canciller.

—Que llama el embajador! exclamó precipitadamente M. de Beausire, á quien la conversacion empezaba á incomodar un poco.

Y abriendo la puerta de la estancia, rechazó con las dos hojas de ella á dos de los socios, los cuales, uno con la pluma detrás de la oreja, y el otro con la escoba en la mano, consideraban que aquella conversacion iba alargándose demasiado, y querian por lo tanto disfrutar de ella aun cuando no fuese mas que por el sentido del oido.

Beausire comprendió entonces que se abrigaban sospechas acerca de él, y se prometió redoblar la vigilancia.

Asi es, que despues de estrechar á hurtadillas las manos de sus dos amigos y cointeresados, se apresuró á subir á la habitacion del embajador.

DE COMO M. DUCORNEAU NO COM-  
PRENDIA ABSOLUTAMENTE NADA DE  
LO QUE PASABA.

**E**l presunto M. de Sousa tenia el semblante menos amarillo que lo de costumbre, ó lo que es igual, estaba un poco mas encarnado. La causa de esta transformacion consistia en que acababa de tener una explicacion bastante penosa con su ayuda de cámara.

Esta esplicacion no habia terminado aun, puesto que á la llegada de Beausire los dos gallos se estaban arrancando las últimas plumas.

—Vamos, señor de Beausire, le dijo el mayordomo de la sociedad, ponednos de acuerdo, y sed el árbitro de la contienda.

—¿De qué se trata? preguntó el secretario tomando el continente de juez árbitro, despues de haber cambiado una mirada de inteligencia con el embajador, su aliado natural.

—Ya sabeis, prosiguió el mayordomo, que M. Bœhemer debe venir hoy á concluir el asunto del collar.

—Lo sabia efectivamente.

—Y que deben entregársele las cien mil libras.

—Lo sabia tambien.

—Esas cien mil libras ¿no pertenecen á la sociedad?

—¿Quién lo duda?

— ¡Ah! exclamó el mayordomo volviéndose hácia don Manuel, M. de Beausire me da á mí la razon.

— Aguardad un poco, aguardad un poco, repuso el portugués haciendo con la mano una señal de paciencia.

— Tened presente que yo solo os he dado la razon sobre el punto de que las cien mil libras son de la pertenencia de los asociados, prosiguió Beausire.

— Eso es precisamente cuanto yo necesitaba; de consiguiente, si la suma es de toda la sociedad, la caja no debe hallarse situada en la única oficina que hay contigua al aposento del señor embajador...

— ¿Por qué no? preguntó Beausire.

— Y este, prosiguió el mayordomo, debe darnos á cada uno una llave de la caja.

— No hay tal, repuso el por-

tugués.

— ¿Por qué razon ?

— Es verdad, añadió Beausire: ¿qué razon dais para ello ?

— Una muy sencilla, repuso el portugués acariciándose la barba; puesto que se desconfia de mí, yo tambien debo desconfiar de los demas; la misma razon hay para que si la sociedad sospecha que yo quiero robarla, sospeche yo que es ella por el contrario la que trata de robarme á mí. Entre nosotros no hay preferencias.

— Pues por eso, repuso el ayuda de cámara, deben ser nuestros derechos iguales.

— No digo que no; pero una vez que estais por la igualdad, podiais haberos decidido tambien á alternar en el desempeño del papel de embajador. Quizás hubiera sido esto tan verosimil á los ojos del público; pero la sociedad en cambio hubiera estado mas tranquila: ¿no

es esto?

—Ademas, añadió Beausire, permitidme que os diga, señor mayordomo, que no obrais como cumple á un buen cofrade, puesto que no podreis menos de convenir conmigo en que el señor don Manuel tiene un incontestable privilegio, el privilegio de la invencion...

—Es un hecho, dijo el embajador, privilegio del cual debe disfrutar tambien M. Beausire.

—¡Oh! replicó el mayordomo; cuando un asunto no está evacuado aun ni asegurado su éxisto, páreceme que no es tiempo de reclamar los privilegios, ni de parar en ellos la ateneion.

—Estamos conformes; pero tampoco lo es de pedir cuentas acerca del modo con que se conduce el asunto, dijo Beausire.

—Debo advertiros, murmuró el mayordomo ruborizado, que no vengo solamente en mi nombre á ha-

cer esta reclamacion; los demas compañeros piensan del mismo modo.

—Pero piensan muy mal! replicó el portugués.

—En efecto: no tienen razon para pensar asi, añadió Beausire.

—Ya veo que tampoco yo la he tenido, repuso el mayordomo con señales de despecho, en nombrar por árbitro á M. de Beausire. El secretario y el embajador no podian menos de entenderse.

—Señor mayordomo, replicó Beausire con extraordinaria flema: sois un bribon á quien cortaria yo las orejas de muy buen grado, si las tuviéseis completas; pero os las han cercenado ya una porcion de veces, y...

—¿Sí, eh? exclamó el mayordomo encrespándose.

—Sí, señor mayordomo; porque en vez de tratar tranquilamente y en familia de nuestros asuntos en el gabinete del señor embajador,

acabais de insultarme, diciendo que hay inteligencia entre nosotros.

—Y á mi tambien, dijo el embajador acudiendo en auxilio de M. de Beausire.

—Preciso es, por lo tanto, que me deis una satisfaccion, señor mayordomo.

— ¡Oh! Yo no soy un Fierabrás! exclamó el ayuda de cámara.

—Ya lo veo, replicó Beausire; por lo tanto me veo en la necesidad de sacudiros una tunda, señor mayordomo.

— ¡Socorro! socorro! gritó este, al verse asido por el amante de Oliva, y casi estrangulado por el portugués.

Pero en el instante mismo en que los dos gefes se disponian á tomarse la justicia por su mano, la campanilla de la porteria les advirtió la llegada de una visita.

— ¡Soltémosle! dijo entonces don

Manuel.

—Y que vaya á cumplir con su obligacion, añadió Beausire.

— ¡ Oh ! yo diré á nuestros camaradas lo que ha pasado, repuso el mayordomo ajustándose el trage.

—Decidles lo que querais; nosotros no nos morderemos la lengua.

— ¡ M. Bœhemer ! gritó el suizo desde la puerta.

—Vamos, querido mayordomo, dijo entonces M. de Beausire, dando á su adversario un ligero golpecito en la nuca: pelillos á la mar: ahí está el que ha de dirimir nuestra contienda.

—Ya no tendremos que disputar sobre las cien mil libras, puesto que va á llevárselas consigo M. de Bœhemer: haya paz, por lo tanto, señor ayuda de cámara, y desempeñad vuestro oficio con la misma perfeccion que hasta aqui.

El mayordomo salió refunfuñando del aposento del embajador, y volvió á tomar el continente humilde que requería su papel, para introducir al joyero de la corona.

En el intervalo que medió desde la partida de este hasta la entrada de M. Bøhemer, Beausire y el embajador cambiaron entre sí una mirada tan significativa como la primera.

Cuando Bøhemer y Bossange se presentaron en la estancia, traían en los semblantes una espresion de humildad y de contricion, sobre la cual no podían engañarse los finos y delicados observadores de la embajada.

Mientras tomaban asiento en los que les habia ofrecido M. de Beausire, continuaba este su investigacion, y fijando la vista en don Manuel para ponerse de acuerdo.

El embajador proseguía guardando su continente grave y ofi-

cial.

Bœhemer, fue el que primero usó de la palabra en aquella circunstancia tan difícil, para explicar las razones políticas de alta importancia, que le impedían concluir la negociacion comenzada.

Don Manuel hizo un gesto al oír esta explicacion, Beausire dejó escapar un *¡hum!* que aumentó el apuro de M. Bœhemer.

Don Manuel hizo decir á este por medio de su secretario que el trato estaba concluido, y que la cantidad que debia entregarse á cuenta se hallaba pronta.

Bœhemer continuó resistiéndose.

El embajador volvió á contestar por medio de M. de Beausire, que su gobierno tenia ya conocimiento del contrato, y que el romperlo seria por lo tanto esponer á su Magestad fidelísima á una casi afrenta.

M. Bœhemer objetó que habia pesado todas las consecuencias de

aquellas reflexiones , pero que sin embargo le era de todo punto imposible concluir con ellos la venta del collar.

Beausire que no podia decidirse á que se anulase el contrato , declaró terminantemente á M. de Bœhemer que el desdecirse era impropio de un buen negociante y de un hombre de palabra.

Bossange creyó que debía tomarla para defender al comercio , acriminado en su persona y en la de su consócio ; pero es preciso confesar que no fue muy elocuente.

Beausire le tapó la boca con estas solas palabras:

— Todo eso no quiere decir otra cosa , sino que habeis encontrado mejor postor.

Los joyeros , que á decir verdad no eran muy fuertes en política , y que tenian una alta idea de la diplomácia en general , y de la diplomácia portuguesa en particular , se

ruborizaron, y se pusieron encarnados como la grana, creyendo que habian adivinado su secreto.

Beausire conoció que habia puesto el dedo en la llaga, pero deseando concluir aquel negocio, en el cual presentia que estribaba su fortuna, dijo á los joyeros, despues de aparentar que habia consultado al embajador.

—Veo, señores, que se os han ofrecido ventajas, lo cual nada tiene de extraño, y es ademas una prueba evidente de que los diamantes valen. Pero como su Magestad portuguesa no quiere de ningun modo hacer un trato que redundára en perjuicio de unos honrados negociantes, ningun inconveniente tenemos en ofreceros una gratificacion de cincuenta mil libras. ¿Qué decís á eso?

Los joyeros hicieron una señal negativa.

—Cien mil libras, ciento cincuen-

ta mil, continuó Beausire, decidido á ofrecer hasta un millon mas, á trueque de no perder la parte que le correspondia del collar.

Escitados los joyeros por el lucro que se les ofrecia, vacilaron un momento, pero despues de consultarse uno á otro, dijeron á Beausire:

— No os molesteis en insistir, señor secretario: el trato está ya concluido; una voluntad mas poderosa que la nuestra nos obliga á vender el collar en este pais. Escusamos daros mas esplicaciones, porque demasiado comprendereis que hay alguno mas grande que nosotros y que vos tambien, que se opone al cumplimiento de la palabra que os dimos: no nos tengais mala voluntad por ello.

Beausire y don Manuel no tuvieron que responder á esta observacion, y lejos de mostrarse ofendidos, dirijieron una especie de cumplido á los joyeros, aparentando in-

diferencia.

El embajador y su secretario estaban tan embebidos en el asunto del collar, que no sospecharon siquiera que pudiese estar en la antecámara el señor mayordomo, ocupado en escuchar los términos en que se terminaba un negocio de cuya participacion queria escluirse.

Pero este digno asociado anduvo algo torpe, y habiendo hecho un ligero ruido al inclinarse á escuchar por la cerradura, obligó á Beausire á lanzarse fuera del aposento del embajador.

— ¡Qué haces ahí desgraciado! exclamó el amante de Oliva, al notar la turbacion del ayuda de cámara.

— Señor, venia á traer el correo de esta mañana; respondió el mayordomo.

— Bien está! repuso Beausire: retiraos.

Y tomando los despachos de ma-

nos del mayordomo, hizo á este una seña para que se alejara.

Aquellos despachos eran la correspondencia de la cancillería: cartas de Portugal ó de España, insignificantes casi todas, las cuales constituian el trabajo cotidiano de M. Ducorneau, pero que, pasando siempre por las manos de Beausire ó las de don Manuel antes de ir á la cancillería, habian proporcionado á éstos datos muy útiles sobre los asuntos de la embajada.

Al oír la palabra *despachos*, los joyeros se levantaron de sus asientos, gozosos á guisa de aquel que recibe permiso para retirarse despues de una audiencia embarazosa.

El embajador dejó que se fueran, y el ayuda de cámara recibió órden de acompañarlos hasta la puerta.

Apenas vieron desaparecer por

la escalera al mayordomo, don Manuel y Beausire se dirigieron recíprocamente una de esas miradas que entablan por sí solas la acción, y el primero exclamó incorporándose al amante de Oliva:

— Ya lo veis: ¡todo se lo ha llevado la trampa!

— De seguro, replicó Beausire.

— De consiguiente, contando con cien mil libras, cuya suma no es mas que un robo mediano, nos tocan á cada uno 8,400.

— Lo cual no merecía la pena de habernos tomado tanta molestia, replicó Beausire.

— Cierto que no: y eso que habiendo como hay allí...

Y al pronunciar estas palabras mostraba á su interlocutor la caja, tan codiciada por el mayordomo.

— Allí, prosiguió don Manuel, hay ciento ocho mil libras.

— Cincuenta y cuatro mil para cada uno.

— ¡Pues bien! ya está dicho, partámoslas entre los dos.

— Corriente; pero notad que el mayordomo no querrá perdernos de vista pues no ignora que el negocio se lo ha llevado el diablo.

— Voy á buscar un medio para alejarlo; dijo don Manuel con un aire singular.

— Y yo he hallado ya uno, repuso Beausire.

— ¿Cuál?

— Helo aqui.

— Pero, ¿contais con que volverá el mayordomo?

— Sí.

— ¿Con que va á pedir su parte y la de los demas asociados?

— Sí.

— Y con que va á arderse toda la casa.

— Sí: llamemos no obstante al mayordomo, como para contarle un secreto, y dejadme obrar.

— ¡Ah! Ya me parece que adivino vuestra idea! exclamó don Manuel, id, pues, á buscarle.

Ni uno ni otro querian dejar á su *amigo* á solas con la caja. La confianza es una joya que escasea mucho.

Don Manuel alegaba que su cualidad de embajador le impedia dar este paso.

— Bah! exclamó Beausire; para él no sois embajador; pero en fin, eso no es nada.

— ¿Os decidis, pues, á ir á buscarlo?

— No; voy á llamarle por la ventana.

En efecto, Beausire llamó desde la ventana al señor mayordomo, el cual se disponia en aquel mismo instante á entablar una conversacion con el suizo.

El ayuda de cámara se decidió á subir en virtud de este llamamiento, y halló á los dos gefes en

la habitacion inmediata á la en que se hallaba la caja.

—¿ Apostamos algo , le dijo Beau-sire sonriéndose , á que sé lo que estabais diciendo al suizo ?

—¿ Yo ?

—Sí , vos : le estábais contando , sin duda , que ha fracasado el negocio de M. Bœhemer.

—A fe mia que no.

—¡ Bah ! mentis como un descreido.

—Os juró que no!

—Entonces os doy la enhorabuena , porque si hubieseis hablado habriais cometido una solemne majaderia y perdido una suma no pequeña de dinero.

—¡ Cómo ! exclamó el mayordomo sorprendido , de qué suma quereis hablar ?

—¡ Bah ! ¿ sois tan torpe que no comprendeis que sabiendo nosotros tres solos el secreto..... ?

—Es verdad.

—Quedan á nuestro favor las ciento ocho mil libras, mediante á que los demas están en la creencia de que MM. Bœnemmer y Bossange se las han llevado?

—¡Es verdad! repitió el mayordomo lleno de regocijo: es verdad!

—Treinta y tres mil trescientos treinta y tres francos y seis sueldos para cada uno; dijo don Manuel.

—Mas! mas! exclamó el mayordomo: resta una fraccion de ocho mil libras.

—Cierto es, repuso Beausire: con que ¿acceptais?

—¡Pues nó! replicó el ayuda de cámara frotándose alegremente las manos: eso es lo que se llama hablar en razon.

—Eso es lo que se llama hablar como un tunante, repuso Beausire con voz de trueno; ¿no decia yo bien que érais un soleune bribon? Vamos, don Manuel, vos que sois

mas robusto, sujetadme á este picaro, y presentémosle tal como es á nuestros asociados.

—Perdon! perdon! gritaba el infeliz: os aseguro que hablaba en chanza.

—Vamos, vamos! continuó Beausire; llevémosle á la cámara negra hasta que sea tiempo de hacer mas amplia justicia.

—Perdonad! volvió á gritar el mayordomo.

—Tened cuidado, dijo Beausire á don Manuel, el cual sujetaba al mayordomo de manera que apenas le dejaba respirar; tened cuidado de que nada oiga M. Ducorneau.

—Si no me soltais, gritaba el ayuda de cámara, voy á denunciaros á todos.

—Y yo te estrangularé si no callas, exclamó don Manuel empujando con ademan colérico á su víctima hácia una pieza de vestir pro-

xima á la en que se hallaban.

—Mandad á M. Ducorneau á cualquier parte, añadió luego al oído de Beausire.

No se hizo este repetir la orden, y pasó rápidamente á la habitacion contigua á la del embajador, mientras que este encerraba al ayuda de cámara en aquel impenetrable calabozo.

Ya hacia mas de un minuto que Beausire habia salido á ejecutar el mandato de don Manuel y todavía no habia vuelto, cuando al portugués le ocurrió una idea, que se formuló á si mismo del siguiente modo: La caja está á diez pasos de aquí; me hallo solo enteramente; para abrirla, sacar de ella las ciento ocho mil libras en billetes, saltar por un balcon, y atravesar el jardin cargando, con el santo y la limosna, todo ladron que sabe algo no necesita mas que dos minutos.

Luego calculó que Beausire necesitaba cinco minutos cuando menos para desempeñar su cometido cerca de M. Ducorneau y volver al aposento, y sin pararse en mas meditaciones, se lanzó hácia la puerta de la habitacion en que se hallaba la caja. La puerta de esta habitacion tenia echado el cerrojo por dentro. Don Manuel era robusto y mañoso! y hubiera abierto, si preciso fuese, la puerta de una ciudad con una llave de reloj.

¡Ah! exclamó para sí al tropezar con aquella dificultad: Beausire ha desconfiado de mí, y ha echado el cerrojo; nada mas justo.

Y haciendo saltar el cerrojo con su espada, entró en la habitacion; mas al llegar á la caja dió un grito terrible.

El arca que contenia el dinero abria una boca ancha y desmantelada. Su fondo estaba limpio como el oro.

Beausire, que tenia otra llave, habia entrado por la puerta del lado opuesto, y cargado con las ciento ocho mil libras.

Don Manuel corrió como un insensato hasta la garita del suizo, á quien encontró cantando.

Beausire le llevaba de ventaja cinco minutos.

Cuando el portugués enteró á todos de la aventura, acompañando su narracion de llanto y de imprecaciones, y poniendo en libertad al mayordomo para justificar su aserto, tan solo halló hombres furiosos é incrédulos.

Acusábanle de haber urdido aquel complot con Beausire, el cual se habia fugado con el objeto de esperarle en algun punto convenido para darle la mitad del robo, y desde aquel momento nadie se ocupó ya de conservar la máscara ni de guardar misterio.

El pobre M. Ducorneau, que

no comprendia entre qué clase de gente se hallaba mezclado, estuvo á punto de desmayarse, cuando vió á aquellos diplomáticos prepararse para colgar de una viga al embajador, el cual pugnaba en vano por defenderse.

— ¡Cómo! ¿qué vais á hacer? gritaba el bueno de M. Ducorneau: ¡colgar á M. de Sousa! Mirad bien el paso que dais, porque ese crimen es un crimen de lesa magestad.

Los servidores de la embajada tomaron el partido de encerrar en un sótano al canciller, el cual gritaba cada vez con mas fuerza.

A esta sazon sonaron tres fuertes golpes en la puerta de la calle, los cuales hicieron estremecerse á los s6cios, y guardar el silencio mas profundo.

Los tres golpes volvieron á repetirse con mas fuerza, y al ver que nadie respondia, gritó desde

la calle en portugués una voz chillona :

—Abrid, en nombre del embajador de Portugal.

—El señor embajador! murmuraron por lo bajo todos aquellos bribones; esparciéndose como por encanto, y dando un grito de *sálvese el que pueda*, en virtud del cual desalojaron la casa en cinco minutos, unos por el jardín, otros por los balcones, y otros por el tejado.

El verdadero embajador, pues era él en efecto el que se hallaba á la puerta de la embajada, no pudo entrar en la casa hasta que llegaron los arqueros de policía, con auxilio de los cuales mandó echar la puerta abajo en presencia de una inmensa turba que habia atraído, como era natural, aquel curioso espectáculo.

En seguida se hizo un escrupuloso registro en toda la casa, y habiendo encontrado á M. Ducorneau,

fue conducido al Chatelet, donde durmió aquella noche.

Asi terminó la aventura de la presunta embajada de Portugal.

## ILUSIONES Y REALIDADES.

**S**i el suizo de la embajada hubiera echado á correr tras de Beausi-re, como le habia ordenado don Manuel, de seguro habria llevado un pésimo rato.

El amante de Oliva habia tomado un medio galope desde que salió de la embajada hasta la calle de la Coquilliere, y el galope entero asi que llegó á la calle de Saint-Honoré.

Temiendo ser perseguido por sus compañeros, se metió por el intrincado laberinto que forman las calles de aquel barrio, hasta que creyéndose seguro, al cabo de algunos minutos, de no ser seguido por nadie, hallándose muy fatigado y convencido de que un caballo de caza no hubiera podido sacarle delantera, se paró en la plaza del mercado, y llegando á la calle de Viarmes se sentó sobre un saco de trigo.

Allí fingió que estaba mirando con la atención mas escrupulosa la columna de Médicis, que Lachau-mont habia comprado para libertarla del martillo de los demoledores, y regalarla despues al Hotel-de-Ville.

Pero la verdad era que M. Beau-sire no miraba ni la columna de Filiberto Delorme, ni el cuadrante solar con que la habia adornado M. de Pingré; lo único que hacia era sacar del fondo de sus pulmones una respiracion agitada y ronca

como la del fuelle de una fragua cansado de prestar servicio.

Durante algunos momentos no pudo completar la masa de aire que necesitaba dejar pasar por su laringe para restablecer el equilibrio entre la sofocacion y la plétora.

Conseguido al fin, merced á un suspiro que hubieran podido oír perfectamente los vecinos de la calle de Viarnes, si no hubiesen estado ocupados en vender ó medir sus granos, se dijo interiormente:

— ¡Ah! Hé aquí realizados mis sueños de color de rosa: ya tengo una fortuna.

El amante de Oliva volvió á suspirar, y en seguida continuó dándose cuenta de sus pensamientos.

— Ya puedo llegar á ser un hombre como Dios manda, y hasta se me figura que voy echando ya barriga.

— Voy á hacer de Oliva, añadió

continuando su silencioso monólogo, una muger que sea tan honrada como yo hombre de bien. La pobre muchacha es linda como ella sola, é inocente y cándida en sus disgustos. Pobre Beausire!

Estoy seguro de que se dará por muy satisfecha por hacer una vida retirada en cualquier provincia, y en una granja, que llamaremos nuestra hacienda, y la cual se hallará próxima á cualquiera ciudad, en la que pasaremos fácilmente por dos señores.

Nicolasa es buena en el fondo; sus únicos defectos son la pereza y el orgullo.

¡ Ahí es nada! ¡ Pobre Beausire! dos pecados mortales!

Pero á escepcion de estos defectos, que yo le satisfaré con el mayor gusto, estoy seguro que no tiene otros, y por lo tanto haré de ella una escelente muger.

El amante de Oliva dio aquí pun-

to á sus reflexiones; habia recobrado la respiracion, y sintiendo su cuerpo y su espíritu fortalecidos, se enjugó la frente, se aseguró de que las ciento ocho mil estaban en su bolsillo, y resolvió dar nuevo giro á su pensamiento.

Díjose á si mismo que no le buscarian precisamente en la calle de Viarmes, pero que estaba seguro de que lo buscarian en cualquiera otro lado. Los señores empleados de la embajada no eran hombres de quedarse asi como quiera sin su parte de botin, y de consiguiente, calculaba que se dividirian en diferentes bandas, y que empezarian por explorar el domicilio del ladron.

Aqui estribaba toda la dificultad: en este domicilio habitaba tambien Oliva, y quizás la maltratarian, y llevarian su crueldad hasta el estremo de apoderarse de ella, para guardarla en rehenes.

¿No era casi seguro que aque-

llos tunantes lograria saber que la señorita Oliva era la pasion de Beausire, y que por lo tanto especularian con esta pasion?

Beausire estuvo á punto de volverse loco, al hallarse colocado entre estos dos mortales peligros.

El amor triunfó al fin.

El amante de Oliva no quiso que nadie tocara al objeto de su amor, y echó á correr por lo tanto en direccion á la casa de la calle Dauphine.

Tenia ademas una confianza ilimitada en la rapidez con que por ágiles que fuesen sus enemigos, no podian habersele adelantado.

Para obviar hasta el mas remoto inconveniente, resolvió meterse en un carruage de alquiler, á cuyo cochero enseñó un escudo de seis libras, diciéndole:

- ¡ Al puente Nuevo!

El automedonte hizo, no correr, sino volar á los caballos.

La noche se venia ya encima.

Beausire se hizo conducir al terraplen del puente, detras de la estatua de Enrique IV, á cuyo sitio, que era un punto de citas muy usado, podia irse en coche en aquel tiempo.

Luego que llegó al terraplen, sacó la cabeza por una de las ventanillas del carruage, y dirigió sus miradas hácia la calle Dauphine.

Beausire conocia al vuelo á la gente de policia, porque habia empleado mas de diez años en estudiar su facha para tratar de huir de ellos en la hora y lugar convenientes.

Asi es que al notar que en el declive del puente del lado de la calle Dauphine habia dos hombres que alargaban el cuello para mirar hácia ella, atraidos sin duda por algun espectáculo, no dudó que estos hombres eran espías.

Pero como el ver esta casta de

pájaros en el Puente Nuevo no tenia nada de estraño, mediante á que hay un proverbio de aquella época que dice que para ver á todas horas un prelado, una cortesana y un caballo blanco, no es menester mas que irse á pasear al Puente Nuevo, y los caballos blancos, los trajes de Iglesia y las jóvenes de rompe y rasga son los objetos predilectos de la policia, Beausire se sintió un poco incomodado, y nada mas por esta circunstancia, y tomando por prudencia la precaucion de hacerse el jorobado y el cojo para desfigurar su modo de andar, se metió, hendiendo la turba, en la calle Dauphine, en la cual nada vió que justificase los temores que le aquejaban respecto á su persona.

Ya llegaban sus ojos á distinguir las ventanas, en las cuales solia mostrarse frecuentemente la bella Oliva, su refulgente estrella.

Aquellas ventanas estaban cerra-

das, sin duda, y el secretario cesante de la embajada de Portugal creyó por ende que su querida debia hallarse descansando en el sofá, leyendo algun libro pernicioso, ó saboreando alguna golosina.

De repente creyó distinguir Beausire la sombra de un soldado, que parecia estar de acecho en la acera opuesta, y su turbacion creció de punto cuando descubrió la cabeza de otro en la ventana del saloncillo.

Entonces volvió á bañarse su frente de un sudor, mucho mas molesto que el que se habia enjugado pocos momentos antes, y el cual debia ser ademas mal sano, porque era un sudor frio. El amante de Oliva comprendió que seria peligroso retroceder, y resolviéndose por lo tanto á seguir su camino, tuvo el valor suficiente para pasar por la casa, y echar un vistazo sobre ella.

¡Qué espectáculo!

Toda una calle cuajada de infantes de la guardia de París en medio de los cuales se veia al comisario del Chatelet, vestido de negro.

La mirada rápida de Beausire observó en un momento que todas aquellas gentes estaban turbadas, asustadas y como estupefactas de lo que les sucedia; y un hombre como él, habituado á leer en el semblante de los individuos de policia, no tenia necesidad de mirar dos veces para comprender que habian errado el golpe.

Beausire pensó interiormente que M. de Crosne, prevenido sin duda de antemano, aunque ignoraba como ó por quien, habia querido prender al secretario y no habia encontrado mas que á Oliva. *Inde iræ.*

De aqui procedia en su concepto la estupefaccion de los polizontes, y ciertamente que si Beausire se hubiese encontrado en circunstan-

cias ordinarias, si no hubiese llevado en su bolsillo las ciento ocho mil libras, se hubiera lanzado en medio de los alguaciles, exclamando como Niso: ¡Aquí estoy! Yo soy el que todo lo ha hecho!

Pero la idea de que aquellas gentes palparian las ciento ocho mil libras, la de que se recrearian con ellas por toda la vida, y la de que un golpe de mano tan audaz y sutilmente verificado redundaria tan solo en provecho de los agentes del subprefecto de policia, triunfó de todos sus escrúpulos, y sofocó, por decirlo asi, los heróicos instintos de su amor.

¡Lógica, señor Beausire, lógica! se decía á sí mismo: supongamos que me dejo cojer... y conmigo el dinero que traigo en el bolsillo... ¿Qué adelantaré con esto? Nada. Además de no ser útil á Oliva... me arruino... y si bien seria una prueba de que la amo como un insensato, me-

recia si tal hiciese, que ella me digera: Sois un animal, Beausire; mas valia que hubiérais procurado salvarme.

—Vamos, vamos; lo que yo debo hacer es poner en seguridad, á fuerza de piernas, el dinero, que es el origen de todo, con él todo se consigue libertad, felicidad y filosofía.

Asi diciendo, apoyó Beausire sobre su corazon los billetes de la caja, y echó á correr en direccion al Luxembourg, caminando como por instinto, y como si fuesen sus piernas las que le conducian.

Para un hombre de la lógica de nuestro académico preciso es confesar que era un racionio muy pobre el dirigirse á los jardines de Luxembourg, punto adonde naturalmente irian á buscarle los arqueos, sabiendo como sabian los hábitos de los ladrones de su estofa.

Pero el cielo ó el infierno ha-

bian decretado que Mr. de Cros ne nada haria con Beausire en esta ocasion.

El amante de Nicolasa acababa apenas de volver la esquina de la calle de Saint-Germain-des-Prés, cuando estuvo á punto de ser atropellado por un carruage, cuyos caballos corrian á todo galope hácia la calle Dauphine.

Gracias á esa ligereza parisien-se, desconocida del resto de los europeos, Beausire tuvo el tiempo estrictamente necesario para evitar que le cogiera la lanza del coche, si bien no pudo evitar del mismo modo, ni la blasfemia ni el latigazo que le dirigió el cochero; pero como un propietario de cien mil libras no repara en semejantes pelillos de honra, máxime cuando deja á sus espaldas las compañías de la Estrella y los guardias de París, nuestro académico se separó á un lado sin replicar palabra, y al ejecutar este

movimiento, vió que iba en el carruage la mismísima Oliva, acompañada de un buen mozo, con quien departia con extraordinaria animacion.

Esta aparicion le arrancó un ligero grito, el cual únicamente sirvió para acelerar el paso de los caballos; pero aun cuando el primer ímpetu de Beausire fue seguir al coche, como este se dirigia hácia la calle Dauphine, la única de París por donde él no queria pasar en aquel momento, varió pronto de parecer.

Ademas, el presumir que fuese Oliva la que realmente iba en el carruage, habiéndola dejado arrestada por los arqueros en la calle mencionada, casi era un absurdo, ó creer en fantasmas ó visiones; y Beausire, por lo tanto, abatido moral y físicamente, se lanzó hácia la calle de los Fossés-Monsieur-le-Prince, ganó el Luxembourg, atravesó el

arrabal que se hallaba ya desierto, y fue á refugiarse, fuera de la barrera, en un gabinetito, cuya huésped tenía hácia el amante de Olivia toda especie de consideraciones.

Así que se vió instalado en aquel tabuco, ocultó los billetes bajo un ladrillo del aposento, puso sobre la baldosa el pie de su cama, y se acostó en ella sudando, y echando pestes, al propio tiempo que mezclando sus blasfemias con acciones de gracias á Mercurio, y sus náuseas febriles con una infusion de vino compuesto con azúcar y canela; brebaje, que era era muy á propósito para escitar la traspiracion de la piel, y volver la confianza al corazon.

En aquel sitio hallábase punto menos que seguro de que no iria á buscarle la policia, y de no ser despojado de su dinero.

Por otra parte, ocurrióle la reflexion de que aun cuando Nicolasa

hubiese sido arrestada, saldria pronto en libertad, no siendo, como no lo era, culpada de ningun crimen, y habiendo pasado ya el tiempo de las reclusiones eternas, cuando no habia para ellas motivo.

Tenia, en fin, la seguridad de que las cien mil libras le servirian en todo caso para saear de la prision á su compañera inseparable.

Restábale temer únicamente á sus compañeros de la embajada, con los cuales era un poco mas difícil el arreglar sus cuentas.

Pero Beausire habia previsto esta dificultad, y se prometia salir del paso, dejándolos á todos en Francia y partiendo para la Suiza, modelo de paises libres y morales, asi que Mad. Oliva fuese puesta en libertad.

Estaba escrito, sin embargo, que no habia de suceder nada de cuanto habia previsto nuestro académico, mientras paladecaba su vino ca-

liente : el hombre comete casi siempre la torpeza de figurarse que ve las cosas , cuando ni las vislumbra siquiera , ó la de figurarse que no las ha visto cuando en realidad han pasado por delante de sus ojos.

--Vamos á comentar estas palabras en el capítulo siguiente con la debida claridad.

DE COMO LA SEÑORITA OLIVA EMPIEZA Á PREGUNTARSE QUE ES LO QUE INTENTAN HACER CON ELLA.

**S**i M. de Beausire hubiera querido creer á sus ojos, que eran excelentes, en lugar de poner en tortura su espíritu, el cual estaba obcecado en aquel instante, se hubiera ahorrado una infinidad de disgustos y decepciones.

En efecto, la jóven que había visto en el carruage era real y po-

sitivamente Mad. Oliva, á cuyo lado iba un hombre, á quien no reconoció á la primera mirada, pero el cual no se le hubiera despintado de seguro, si hubiera puesto en él los ojos dos veces.

Era Oliva en persona, que habia ido aquella mañana á pasear al Luxemburgo, como lo tenia de costumbre, y en la cual, en vez de regresar á las dos á su casa para comer, se habia encontrado y detenido con aquel amigo original, que habia adquirido el dia del baile de la ópera.

Hé aqui lo que le habia sucedido á la compañera de Beausire. En el instante mismo que se disponia á pagar su silla para volver á casa, y dirigia una sonrisa al cafetero del jardin de quien era parroquiana habitual, desembocó Cagliostro por una de las calles de árboles, y yéndose corriendo hácia ella la tomó del brazo.

Oliva no pudo prescindir entonces de dar un ligero grito.

—¿A donde vais? la preguntó Cagliostro.

—¿A donde he de ir? á nuestra casa, calle Dauphine.

—Eso es lo que se llama dar por el gusto á las gentes que os están aguardando; repuso el señor desconocido.

—¡A los que me están aguardando!... exclamó Oliva: perdonad, amigo mio, que os diga que no puede esperarme nadie.

—¡Oh! sí tal; una docena de visitas sobre poco mas ó menos.

—¡Una docena de visitas! repitió Oliva riéndose: ¿por qué no habeis dicho un regimiento?

—A fe mia, que si hubiera sido posible enviar un regimiento á la calle Dauphine, de seguro lo encontraríais allí.

—¡Me llenais de sorpresa!

—Pues aun os sorprenderíais mas,

si os dejase ir á la calle Dauphine.

—¿ Por qué?

—Porque seríais arrestada en vuestra casa, querida mia.

—¡ Yo!

—Sin duda que sí; esos doce señores que os están aguardando son arqueros, mandados por M. de Crosne.

Oliva se estremeció, porque ciertas gentes tienen siempre miedo á ciertas cosas.

Tranquilizándose, sin embargo, á poco rato, y despues de haber examinado escrupulosamente su conciencia, dijo á su interlocutor:

—¿ Y por qué quieren prenderme, si no he hecho nada?

—Por lo que se prende casi siempre á una muger; por intrigas; por vagatelas.

—Yo no tengo intrigas.

—Pero es muy posible que las hayais tenido.

—¡ Oh! Eso, no digo que no.

—En una palabra, convengo en que es una injusticia arrestaros; pero el hecho ese ese; ¿insistís, pues, en que váyamos á la calle Dauphine?

Oliva se detuvo pálida y turbada, y dijo á su compañero:

—Estais jugando conmigo; vamos, decidme sin rodeos lo que sepaís; ¿es á mí ó á Beausire á quien buscan?

Y al pronunciar estas palabras fijaba sobre Cagliostro su mirada suplicante.

—Quién sabe! solo sé deciros, que el bueno de Beausire me parece que ha de tener la conciencia menos limpia que vos.

— ¡Pobre muchacho!

— Compadecedle, es justo; pero si lo cogen, no váyais á dejaros prender por imitacion.

— Pero, ¿de dónde proviene ese interés que manifestais en protegerme y en ocuparos de mí? Vamos,

vamos, prosiguió Oliva; confesad que es extraño que un hombre como vos...

—No prosigais, repuso Cagliostro, porque de seguro vais á decir una majadería, y los momentos son preciosos, puesto que si los agentes de M. de Crosne notan que tardais en volver á vuestra casa, son capaces de venir á buscaros aquí.

—¡Aquí! ¿Acaso saben que me hallo aquí?

—¿Qué tiene eso de particular? ¿No lo sé yo?... Por lo demás ya habeis debido conocer que me intereso por vuestra persona, y esto es lo que importa. Conque... vamos, vamos, inmediatamente á la calle de l'Enfer, y subamos en mi carruage que nos aguarda. ¡Ah! ¿Dudais aun?

—Sí.

—Pues bien: daremos un paso, que no deja de ser imprudente, pe-

ro espero que os convencerá de la verdad de cuanto os he dicho. Vamos á pasar en mi carruage por delante de vuestra casa, y cuando hayais visto á los podencos de la policia, desde bastante lejos para que no puedan echaros el guante, y desde bastante cerca para que podais juzgar de sus intenciones, entonces estimareis la mia en lo que vale.

En seguida condujo á Oliva hasta la verja de la calle de l'Enfer, donde esperaba el carruage, y subiendo ambos en él los condujo el cochero á la calle Dauphine, en la cual fue donde los habia visto Beau-sire.

\* No hay duda que si el amante de Nicolasa hubiera gritado en aquel momento y se hubiera empeñado en seguida el cochero, Oliva habria hecho todo lo posible para acercarse á él con objeto de salvarle si andaba perseguido, ó de salvarse á

si misma, si aquel estaba libre.

Pero Cagliostro habia visto á tiempo al desgraciado ex-secretario, y llamando la atencion de Oliva hácia las gentes que se iban agolpando por curiosidad en torno de los polizontes, impidió que esta lo reconociera.

Cuando Oliva distinguió á los soldados de policía que cercaban su casa, se arrojó en brazos de su protector con un ademan tan desesperado, que cualquiera otro que no fuera aquel hombre de hierro se hubiera enternecido.

Pero Cagliostro se contentó con estrechar la mano de su compañera, y con ocultarla á las miradas bajando la cortinilla del carruage.

— ¡Salvadme! ¡salvadme! esclamaba entre tanto la pobre muchacha.

— Os lo prometo, repuso su interlocutor.

—Pero, ¡Dios mio! si esos hombres de la policia lo saben todo, como antes me habeis dicho, me hallarán en cualquier parte donde me oculte.

—No tal; en el sitio adonde voy á llevaros nadie os descubrirá; estad segura de ello: podrán prenderos en vuestra casa, pero no en la mia.

— ¡En vuestra casa! exclamó Oliva con sobresalto... ¿Habeis dicho que me llevais á vuestra casa?

—Vamos, vamos, sois una loca, repuso el acompañante de Nicolasa; no parece sino que habeis olvidado nuestro convenio. Ya os he dicho, hermosa mia, que ni soy vuestro amante, ni quiero serlo.

—Conque, segun eso, ¿es una prision lo que me ofreceis?

—Si preferís el hospital, sois libre.

— ¡Oh! no; replicó Oliva espantada; haced de mí lo que que-

rais; me entrego á vos.

Cagliostro condujo á Oliva á la calle de Saint Gilles, y á la misma casa en la cual recibió á Felipe de Taverney.

Así que la instaló lejos de la habitación de su criada, y en un aposento del segundo piso, donde nadie podía verla, le dijo con amabilidad:

—Es preciso, amiga mia, que seais en adelante mas feliz, que lo que hasta aqui habeis sido.

— ¡Feliz! exclamó Oliva con el corazón preñado de lágrimas: feliz, sin la libertad, y sin poder ir á paseo! es tan triste esta habitación... sin un jardín siquiera! ¡Ah! estoy segura de que me moriré.

Y al espresarse en estos términos, lanzaba hácia el exterior vagas é inquietas miradas.

—Teneis razon, repuso Cagliostro; y como yo quiero que no carezcai de nada, opino asimismo que

no estariáis bien aquí, porque al fin y al cabo mis criados, concluirían por veros y por incomodaros.

—O por delatarme.

— ¡Oh! en cuanto á eso, nada temáis, querida mia: mis criados no venden mas que aquello que yo les compro; pero quiero proporcionaros toda la tranquilidad que apetecéis, y al efecto, voy á ocuparme en depararos otra habitacion.

Esta promesa consoló algun tanto á Oliva, quien no dejó de gustar por otra parte el aposento en que se hallaba, en el cual encontró muchas comodidades y libros entretenidos.

Su protector se separó de ella, diciéndole:

— Mi ánimo no es conquistaros por hambre, querida mia: de consiguiente, siempre que deseéis verme, tocad aquí, y si me halló en

casa subiré al punto; si he salido, vendré en el instante mismo en que haya regresado.

Y besándole la mano, salió de la estancia.

—¡ Ah! sobre todo, le gritó Oli-va, no dejes de traerme noticias de Beausire.

—Bien, bien; la respondió el conde.

Y cerrando la puerta del aposento, empezó á bajar la escalera con ademan meditabundo, y diciéndose para sí:

—Cierto, que será una profanacion el alojar á esta muchacha en la calle de Saint-Claude; pero ante todo, es preciso que nadie la vea, y alli nadie verá, á no ser que lo pretenda una sola persona, á la cual concederé esta gracia; esta persona la verá, si se empeña; pero será en la casa de la calle de Saint-Claude, y no en otra parte. Quiero hacer el último sacrificio. Estingamos, pues,

hasta la última chispa de la llama que ardió en otro tiempo.

El conde se vistió con un sobre todo, tomó de una gaveta una porcion de llaves, de entre las cuales escogió algunas, que estuvo contemplando con ademan enternecido, y en seguida salió de su casa solo y á pie, encaminándose hácia la calle Saint-Louis du Marais.

## LA CASA DESHABITADA.

**M**r. de Cagliostro llegó solo á la antigua casa de la calle de Saint-Claude, de la cual abrigamos la confianza que no se habrán olvidado enteramente nuestros lectores. Cuando el conde se paró en frente de la puerta, empezaba ya á anochecer, y solamente se veía alguno que otro transeunte por la calzada del boulevard.

Los únicos ruidos que se oían en todo el barrio á la hora en que pasaba la escena que vamos á describir, eran las pisadas de alguno que otro caballo, cuyas herraduras chocaban contra las piedras de la calle de Saint-Louis, tal cual ventana cuyo viejo maderage crugia al cerrarse, y el chirrido desagradable que producian los parrotones de la puerta-cochera de la casa vecina, cuando el dueño se retiraba.

Dentro de la cerca del convento oíase ladrar, ó ahullar, por mejor decir á un perro, y una bocanada de viento templado traía rodando hasta la calle de Saint-Claude tres campanadas melancólicas del reloj de la iglesia de san Pablo.

Estas tres campanadas marcaban las nueve menos cuarto.

El conde, como llevamos dicho, se paró en frente de la puerta cochera, sacó de debajo de su leviton una enorme llave, y tropezó al que-

rer hacerla entrar por la cerradura con una porcion de cuerpos estraños, que el viento habia obligado á refugiarse alli hacia mucho tiempo.

La paja seca que se habia introducido en el ogivado agujero de la cerradura; el grano de simiente imperceptible que corria hácia el medio dia para convertirse en una amapola ó una malva, y el cual se vió aprisionado un dia en aquel sombrío intersticio, la chinilla de piedra desprendida de la casa inmediata; y las moscas en fin acuarteladas desde diez años hacia en aquel hospital de hierro, cuyas profundidades habian colmado sus cadáveres, todo esto crugió y se redujo á menudo polvo bajo la presion de la llave.

Asi que esta giró lo suficiente para correr el pestillo, quedaba ya únicamente la dificultad de abrir la puerta.

Pero el tiempo habia hecho su

oficio. La madera se habia hinchado, y el mohó habia ido carcomiendo los goznes. La yerba, cuya simiente se habia introducido por todos los intersticios del pavimento, asomaba sus verdes hebras por debajo de la puerta: por todas partes se veia una especie de argamasa semejante á la de los nidos de las golondrinas, con la cual estaban calafateados todos los agujeros y vigorosas vegetaciones de marinas terrestres, cuyas hebras habian ocultado la madera bajo la carne viva de sus cotyledontes.

Cagliostro, conociendo la resistencia, apoyó el puño, empujó con el codo despues, y luego con el hombro, hasta desbaratar todas aquellas barricadas, que fueron cediendo sucesivamente, dejando oír un crugido de siniestro agüero.

Asi que la puerta se abrió, el patio apareció desolado y enmohecido como un cementerio á los ojos

de Cagliostro.

El conde cerró la puerta en pos de sí, y sus pasos se imprimieron sobre los hongos secos y duros que habian invadido tambien el pavimento.

Nadie le habia visto entrar, y nadie podia verle tampoco en aquel recinto cercado de paredes enormes; asi es que pudo detenerse un momento, y prepararse para entrar poco á poco en su vida pasada, como acababa de hacerlo en su casa.

La una estaba desolada y vacía, la otra ruïnosa y desierta.

La graderia, que constaba de doce escalones, no tenia mas que tres enteros.

Los demas, minados y carcomidos por las aguas, y por el jugo de las adormideras, habian ido á parar lejos de su sitio. Las piedras se habian hecho pedazos al caer, y la yerba se habia levantado sobre las ruinas, plantando sus pe-

nachos sobre ellas, á guisa de estandarte de la devastacion.

Cagliostro subió aquella gradearia, que temblaba bajo sus pies, y con ayuda de otra llave penetró en la vasta é inmensa antecámara.

Al llegar á ella, sacó un farol que habia tenido la prevencion de llevar consigo; pero á pesar del escrupuloso cuidado que puso en encenderlo, el siniestro hábito de la casa lo apagó al momento.

El soplo de la muerte se resistia violentamente contra la vida: la oscuridad mataba la luz.

## ILUSIONES Y REALIDADES.

**C**agliostro volvió á encender el farol y continuó su camino.

Los aparadores enmohecidos que se veían en los ángulos del comedor, habían perdido casi enteramente su primera forma, y los ladrillos sobre que se apoyaban estaban tan carcomidos, que apenas podían sostenerlos. Todas las puertas del interior se hallaban abiertas, y dejaban penetrar por ende la vista y

el pensamiento en aquellas fúnebres profundidades, donde antes habia penetrado la muerte.

Un ruido que se dejó oír al estremo del salon, hizo erizar los cabellos de Cagliostro.

Aquel ruido que le anunciaba en otro tiempo la presencia de una persona querida, aquel ruido que despertaba en los sentidos del dueño de la casa la vida, la esperanza y la felicidad, aquel ruido en fin, que al presente nada representaba, recordaba, sin embargo, á Cagliostro todo lo pasado, y merced á estos recuerdos, se dirigió con el ceño fruncido, la respiracion lenta y la mano helada, hácia la estatua de Harpócrates, junto á la cual se hallaba el resorte de la antigua puerta de comunicacion, lugar misterioso é impenetrable que unia la casa conocida con la casa secreta.

El resorte obedeció sin dificultad á la presion de Cagliostro, á

Pesar de lo envejecidas y careadas que estaban las maderas. Pero en el instante mismo en que el conde puso el pie sobre la escalera secreta, volvió á dejarse oír el ruido, y levantando el farol para inquirir la causa, vió que quien lo producía era una enorme culebra que bajaba lentamente los escalones, azotándolos con su cola.

El reptil fijó tranquilamente sus negros ojos sobre Cagliostro, y desapareció en seguida escurriéndose por una grieta de los escalones.

Aquella culebra debía de ser, á no dudarlo, el génio de la soledad.

El conde prosiguió su marcha, y mientras subía por la escalera, iba acompañado de un penoso recuerdo, ó por mejor decir, de una sombra, la cual le hacía estremecer, creyéndola una sombra estraña que había resucitado para acompañarle en la requisa de la casa.

Abismado en estos dolorosos recuerdos, y en estas meditaciones profundas, llegó hasta la mampara que cubria aquella chimenea, la cual servia de comunicacion entre la sala de armas de Cagliostro y el aposento de Lorenza.

Las paredes estaban enteramente desnudas, y las habitaciones vacías. En el hogar, que todavía se conservaba en buen estado, veíase un gran monton de cenizas, entre las cuales brillaban algunas barritas de oro y plata.

Aquella ceniza fina, blanca y perfumada, procedía del mueblaje de Lorenza el cual habia quemado Balsamo hasta la última partícula; de los armarios de concha, del clavicordio y canastillo de palo de rosa, del magnífico lecho con embutidos de porcelana de Sevres, cuyo polvo parecia polvo de mármol; de las molduras y los adornos de metal fundidos al fuego hermético; de las cor-

tinias y colgaduras de brocado de seda; y de las cajas de aloe y de sándalo, por último, cuyo penetrante olor, al exhalar-se por las chimeneas el día del incendio había perfumado toda la zona de París por donde había pasado el humo, en tales términos, que los transeuntes levantaban la cabeza para respirar aquellos extraños aromas mezclados con nuestra atmósfera parisiense, y el ganapan del barrio de las Halles, y la griseta del de Saint-Honoré habían vivido embriagados con aquellos átomos violentos é inflamados, semejantes á los que la brisa roba á las montañas del Líbano y á las llanuras de la Siria.

La habitación desierta y fría, donde se hallaba á la sazón Cagliostro, conservaba aun todos estos perfumes. El conde se bajó para coger un gran puñado de aquellas cenizas, y estuvo aspirándolas largo rato con una pasión salvaje.

— ¡ Ojalá me fuese dado , esclama-  
maba para sí , absorber un resto  
de aquella alma que en otro tiempo  
se comunicaba á este polvo !

Despues pasó revista á los bar-  
rotos de hierro de las rejas , con-  
templó la tristeza del patio inme-  
diato , y miró con melancolía las es-  
paciosas aberturas que el incendio  
habia hecho en aquella casa inte-  
rior , cuyo último piso habia devo-  
rado del todo .

Espectáculo siniestro al par que  
grave é imponente ! La habitacion  
de Althotas habia desaparecido com-  
pletamente ; tan solo quedaban de  
ella alguno que otro lienzo de pa-  
red con siete ú ocho aspilleras , por  
entre las cuales habia asomado el  
fuego sus lenguas que todo lo de-  
voran ó ennegrecen .

Para todo aquel que ignorase la  
dolorosa historia de Bálamo y Lo-  
renza , hubiera sido imposible el no  
deplorar aquella ruina . Todo cuan-

to quedaba en aquella casa revelaba la grandeza abatida, el esplendor estinguido, y la felicidad perdida.

Cagliostro permaneció largo rato impregnándose con todos aquellos recuerdos. El hombre habia descendido de las alturas de la filosofía para abismarse en esa tierna humanidad que se llaman los sentimientos del corazon, y que están muy lejos de ser el racionio.

Despues de haber evocado los dulces fantasmas de la soledad, y de comunicarse con el cielo, por decirlo asi, y pareciéndole que habia contemporizado ya bastante con la debilidad humana, sus ojos se fijaron sobre un objeto que brillaba aun entre todo aquel desastre y todas aquellas miserias.

Bajóse para recogerlo, y vió en una de las grietas del piso, y medio sepultada en el polvo, una pequeña flecha de plata, la cual parecia

que acababa de desprenderse de los cabellos de una muger.

Esta flecha era una de aquellas agujas italianas, semejantes á las que en aquel tiempo usaban para recogerse ó sujetarse la cabellera, la cual se hacia demasiado abultada con los polvos que esparcian en ella.

El filósofo, el sábio, el profeta, el hombre que queria que hasta el cielo mismo contase con él, aquel hombre que habia pisoteado en su casa tantos y tan profundos dolores; aquel hombre que habia sacado tantas gotas de sangre del corazon de los otros, Cagliostro el ateo, el charlatan, el burlon escéptico, recogió aquella aguja, se la acercó á los labios, y en la seguridad de que nadie podia verle, dejó asomar á sus ojos una lágrima, murmurando:

— ¡Lorenza!

Esta exclamacion dió término á sus tiernas meditaciones.

En aquel hombre habia algo de

diabólico, sin duda alguna.

Buscaba la lucha, y la sustentaba para su propia felicidad.

Después de haber besado ardientemente aquella reliquia amada, abrió la ventana, pasó el brazo al través de los barrotes, y arrojó aquel delicado y finísimo trozo de metal al cercado del convento vecino, y la flecha iría á parar sobre las ramas de algun árbol, sobre el polvo, ó sabe Dios dónde.

No parecia sino que quería castigarse de esta manera por haber hecho uso de su corazón.

—¡Adios! dijo á aquel objeto insensible, que quizás iba á perderse para siempre: adios, recuerdo que me ha sido enviado para enternecerme ó para debilitarme: en lo sucesivo ya no se fijará mi pensamiento mas que sobre las cosas de la tierra.

Sí, esta casa va á ser profanada!... ¿qué digo? ya lo está, pues-

to que he vuelto á abrir las puertas, y á traer la luz á estas paredes... he vuelto á ver el interior de la tumba, y á registrar las cenizas de la muerte!

¡Profanada está ya la casa!..... de consiguiente, sirvámonos de ella para un bien cualquiera!

Todavía volverá á atravesar una muger ese patio, á apoyar su pie sobre esa escalera, y acaso á cantar bajo esta bóveda, donde vibra aun el último suspiro de Lorenza!

Pero todas estas profanaciones tendrán un objeto; servirán para defender su causa; si Dios pierde en ella, Satanás ganará.

Y colocando el farol sobre uno de los escalones, añadió en seguida:

—Todas las paredes de esta escalera vendrán al suelo: la casa secreta caerá tambien: el misterio cesará: la casa quedará oculta y cesará de ser santuario.

Acto continuo escribió en una hoja del libro de memorias las siguientes líneas:

«A M. Lenoir, mi arquitecto:

«Cegar el patio y los vestíbulos: restaurar las cocheras y las caballerizas: demoler el pabellon interior: reducir la casa á dos pisos. Ocho dias.»

—Ahora, prosiguió, veamos si se descubren desde aquí los balcones de la condesa.

Y acercándose á una ventana del segundo piso, desde la cual se descubria toda la fachada opuesta de la calle de Saint-Claude por encima de la puerta cochera, vió que la habitacion que ocupaba Juana de la Motte distaba de allí sesenta pies á lo sumo.

—¡Bien; las dos mugeres no podrán menos de verse! exclamó Cagliostro.

Y volviendo á recoger su farol, emprendió la bajada de la es-

calera.

Una hora despues se hallaba ya de regreso en su casa, y habia enviado sus órdenes al arquitecto.

A la mañana siguiente habian invadido la casa cincuenta obreros, cuyos picos y azadones resonaban por todas partes; la yerba reunida en grandes montones empezaba á arder en uno de los extremos del patio; y los transeuntes, fieles en ejecutar su inspeccion cotidiana, vieron una gran rata suspendida de una pata en una de las paredes del mismo.

Aquel silencioso habitante del palacio habia sido aplastado en su ratonera por una gran piedra de sillera, al levantar la cual lo asió un operario de la cola, y entregándolo medio muerto á los jóvenes auverneses, sucumbió, ignoramos sí de asfixia ó de vergüenza.

El pasajero le hizo esta oracion fúnebre:

— ¡Hé ahí un habitante que ha sido feliz por espacio de diez años!

*Sic transit gloria mundi.*

La casa quedó reedificada á los ocho dias, segun habia ordenado Cagliostro á su arquitecto.

FIN DEL TOMO VI.









EL COLLAR  
DE LA  
REYNA

FAN  
XIX  
163c

EL COLLAR  
DE LA REYNA.

---

VI